



Carlos Oliver Schneider en el Continente Antártico.

Fuente: Boris Márquez Ochoa. *Carlos Oliver Schneider. Naturalista e historiador de Concepción* (Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, 2015), página 96.

CARLOS OLIVER SCHNEIDER

PROA AL SUR

DIARIO DEL NATURALISTA
DE LA PRIMERA EXPEDICIÓN
CHILENA A LA ANTÁRTICA

Mauricio Jara Fernández
Pablo Mancilla González
Editores



Comité Editor

Adolfo Ibáñez Santa María
Andrea Araneda Miranda
Carolina Santelices Werchez
Mauricio Burgos Quezada
Alexis Acevedo Navarrete

Referato Externo

Dr. Marcelo Mayorga Zúñiga
Universidad de Magallanes, Punta Arenas

Dr. Leonardo Arriagada Avilés
Universidad Santo Tomás, Viña del Mar

LW Editorial

Fundación Valle Hermoso
Mauricio Jara Fernández / Pablo Mancilla González
EDITORES

Registro de Propiedad Intelectual: 293.733
ISBN: 978-956-393-998-9

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

Autor: Orielle Bernal
Título: "...en las muchas aguas" [sic.]
Técnica: Litografía, aguatinta, aguafuerte
Dimensiones: 48 x 62 cms.
Año: 2017
Copyright © Fondo de las Artes, UPLA

VALPARAÍSO, 2018

PRESENTACIÓN

El *Diario de Viaje* del naturalista Carlos Oliver Schneider de la Primera Expedición Chilena a la Antártica en 1947, constituye una valiosa pieza histórica y documental que el *Diario Austral* de Temuco publicó en diez y siete partes entre el 4 y 24 de mayo de ese año bajo el título *Proa al Sur*. Quizás por el hecho que la difusión de este se hiciera en un periódico de provincia, éste no alcanzó a tener una mayor cobertura científica y por ende a la larga quedó sumergido y casi en un total olvido.

Para los editores de esta publicación, encontrar *Proa al Sur* en las colecciones de ese periódico temuquense en la Biblioteca Nacional en Santiago, fue una grata sorpresa y de inmediato advirtieron que se estaba frente a un manuscrito original de uno de los expedicionarios de 1947, un texto incunable en todo el sentido y significado histórico que no se podía dejar pasar y, rápidamente, emprendieron el trabajo de recopilación y digitalización para organizar en una sola unidad textual el *Diario* de viaje del naturalista en cuestión.

Al leer setenta años después el *Diario* de viaje de Carlos Oliver salen a flote las emociones de quien participó en aquella primera experiencia polar, reapareciendo nuevas interrogantes. Se debe recordar que las primeras expediciones a la Antártica fueron posible gracias al empuje e interés del presidente Gabriel González Videla por completar lo realizado por el expresidente Pedro Aguirre Cerda en noviembre de 1940.

En el marco de la reciente conmemoración de la fundación de las dos primeras bases chilenas (*Soberanía y O'Higgins*, en 1947 y 1948, respectivamente), los editores de esta publicación y con el respaldo del sello *LW Editorial* ponen a disposición del público en general y de los especialistas en historia antártica, el escrito de Carlos Oliver Schneider que testimonia aquella primera epopeya científica y soberana antártica del país.

En esta expedición de 1947¹ Oliver fue uno de los llamados “sabios”² por el reconocido prestigio científico que tenía en la Universidad de Concepción y en el Museo de Historia Natural de esa ciudad. Enrique Bunster quien también participó –y era otro de los sabios– en la primera expedición, en su obra *Recuerdos y Pájaros* (Ed. del Pacífico, 1968, p. 175), años después, recordaba a Oliver diciendo: “En tierra Mann y Oliver Schneider viviseccionaban focas y pingüinos para estudiar su morfología”.

Con seguridad la invitación que Oliver recibió del gobierno para participar en esta primera expedición fue en mérito a que formaba parte de numerosas asociaciones académicas y científicas y era un distinguido ciudadano y activo miembro de la masonería en Concepción. Un aspecto no menor fue que entre 1940 y 1942 Oliver había sido Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Concepción. En síntesis, era un profesional y científico regional reconocido que no podía dejar de estar en esta primera expedición chilena a la Antártica.

En lo personal y familiar, Carlos Oliver había nacido en Canelones, Uruguay, en septiembre 1899 y en 1910 con diez años junto a sus padres Luisa Ernestina Sch-

¹ También pudiera sostenerse que la primera expedición chilena a la Antártica se efectuó a fines de agosto de 1916 en la escampavía *Yelcho* comandada por el Piloto Luis Pardo Villalón. Véase: Consuelo León Woppke y Mauricio Jara Fernández (Eds.). *El Piloto Luis Pardo Villalón. Visiones desde la Prensa, 1916* (Valparaíso: LW Editorial, 2016).

² Se trató de un grupo de 27 intelectuales, científicos y técnicos especializados, integrado por Eugenio Orrego Vicuña, Carlos Oliver Schneider, Parmenio Yáñez, Juan Lenguerich, Guillermo Mann Fischer, Humberto Barrera Valdebenito, Enrique Torralva, Raúl Bahamondes, Millán Toro Rojas, Próspero Madrid, Eusebio Flores, Louis Robin, Carlos Kaboll, Pedro Brant Solar, Enrique Bunster, Francisco Coloane, Oscar Pinochet de la Barra, Guy Walrand, Pablo Estay, Jenaro Medina, Oscar Vila Labra, Jorge Greve, Arturo Larraín, Julio Ripamonti Barros, Hans Helfritz, Hernán Correa y Pedro Peña y Lillo.

neider Jaccottet oriunda de Pelotas, Brasil, y su padre, Francisco Oliver Brito y dos hermanos –Eduardo Francisco (n.1904) y Ernesto Francisco (n.1906)– llegó a Chile, a la región de Concepción. Su padre llegaba a servir el cargo de cónsul en el puerto de Coronel y pocos años después, por cambios políticos en el Uruguay, terminó por declinar la representación consular de su país y decidió quedarse a vivir junto a su familia en Concepción. En esta ciudad ejerció su profesión de contador y se dedicó casi por completo a su trabajo y familia.

Carlos Oliver, estudió en el Liceo de Concepción y en la entonces recién creada Universidad de Concepción, donde se tituló de ingeniero químico industrial y comenzó a trabajar en el Museo de la ciudad, entidad de la cual nunca se separó. En 1926 se casó en Uruguay con Nília María Pastorino y regresó a Concepción. En esta ciudad formó su hogar y fue padre de tres hijos: Carlos Francisco, María Luisa y Aurea Nília Oliver Pastorino.³ A los dos años de regresar de la Antártica y repentinamente, Oliver, fallece en Concepción en junio de 1949.

Proa al Sur es un diario de diez y siete partes donde su autor observa y relata el fascinante “viaje de soberanía nacional y de conocimiento” científico a bordo de naves de la Armada de Chile en la Antártica.

Una obra que sin lugar dudas, permitirá complementar las visiones existentes en las publicaciones que sobre esa expedición chilena aparecieron por esa fecha y en los años siguientes⁴. El Diario, a su vez, está acompañado de dos entrevistas

³ Boris Márquez Ochoa. *Carlos Oliver Schneider. Naturalista e Historiador de Concepción* (Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, 2015).

⁴ Nos referimos a Francisco Coloane Cárdenas. *Los Conquistadores de la Antártida* (Santiago: Ed. Zig-Zag, 1945); Enrique Cordovez Madariaga. *La Antártida Sudamericana* (Santiago: Ed. Nascimento, 1945); Oscar Vila Labra. *Chilenos en la Antártica* (Santiago: Ed. Nascimento, 1947); Oscar Vila Labra. *Historia y Geografía de la Antártica Chilena* (Santiago: Ed. Tegualda, 1948); Eugenio Orrego Vicuña. *Terra Australis* (Santiago: Ed. Zig-Zag, 1948); Guillermo Mann Fischer. *Biología de la Antártica Suramericana. Estudios realizados durante la Expedición Antártica Chilena, 1947* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1948); Hans Helfritz. *Llama la Antártica. Viaje por el Fantástico Mundo Helado del Sur* (Buenos Aires: Ed. El Buen Libro, 1948); Antonio Huneeus Gana. *Antártida* (Santiago: Imprenta Chile, 1948); Enrique Bunster. *Mar del Sur* (Santiago: Ed. Nascimento, 1951); Salvador Reyes. *El Continente de los Hombres Solos* (Santiago: Ed. Ercilla, 1968); Oscar Pinochet de la Barra. *Base Soberanía y Otros Recuerdos Antárticos* (Santiago: Ed. Andrés Bello, 1986).

realizadas en 1947, una en Punta Arenas y otra en Concepción.

Finalmente, agradecer al historiador Boris Márquez Ochoa por autorizar y proveer la fotografía de Carlos Oliver en la Antártica y al diseñador gráfico Guido Olivares por su profesionalismo en la elaboración de esta obra. Del mismo modo, dejar constancia que el descubrimiento del Diario de Carlos Oliver Schneider no habría sido posible sin las búsquedas documentales realizadas como parte de nuestro Proyecto de Investigación Fondecyt Regular N°1170314 “El Piloto 2° Luis Pardo Villalón y la Segunda Carta Patente Británica: La Política Antártica Chilena entre la Pertenencia Histórica y la Incertidumbre Internacional, 1906-1917”.

PRESENTATION

The *Diario de Viaje* by the naturalist Carlos Oliver Schneider, about the first Chilean Expedition to the Antarctica in 1947, becomes a valuable historic and documental piece of work entitled *Proa al Sur* published by the newspaper *Diario Austral* of Temuco, issued the same year in seventeen parts between May 4th and 24th. Perhaps because of the fact that it was spread by a province newspaper, this did not achieve larger scientific coverage and so it was buried and completely forgotten.

For the editors of the present publication, finding *Proa al Sur* among the collections of this newspaper from Temuco in the National Library in Santiago was a pleasant surprise and it was immediately recognized as an original handwritten document by one of the travelers of 1947 which was an incunabular text by its historical meaning. Therefore, these editors could not let it go so, as soon as they could, they started the compilation work and digitalization to organize it in one text unit as the Journal of the mentioned naturalist's travel.

When you read Carlos Oliver's Travel Journal sixty years later, his emotions as a participant in that first polar experience come out, reappearing with new questions. It is important to remember that the first expeditions to the Antarctica were possible thanks to the push and interest of President Gabriel González Videla in an effort to complete ex-President Pedro Aguirre Cerda's accomplishment in November 1940.

As part of the commemoration of the first two Chilean headquarters foundation (*Soberanía* and *O'Higgins*, in 1947 and 1948 respectively), the editors of this publication supported by *LW Editorial*, present to the general public and Antarctica history experts, the writings of Carlos Oliver Schneider who witnessed that first science and sovereign epic story of the country.

In this 1947¹ expedition, Oliver was one of the so-called “wise man”² because of the recognized prestige at University of Concepción and at Natural History Museum of the same city. Enrique Bunster who also participated in the first expedition –and was another “wise man”- remembered Oliver years after in his work *Recuerdos y Pájaros* (Ed. Del Pacífico, 1968, p. 175), saying, “In land Mann and Oliver Schneider vivisected seals and penguins to study their morphology”.

The invitation Oliver got from the government to be part of the first expedition was certainly due to his achievements in several academic and scientific associations, being an outstanding citizen and an active member of the Freemasonry in Concepción. A significant aspect to bear in mind was that between 1940 and 1942, Oliver was Dean of the Physics and Mathematics Science Faculty at University of Concepción. In short, he was a recognized regional scientist.

About his personal and family life, Carlos Oliver was born in Canelones, Uruguay, in September 1899 and in 1910 when he was ten years old, he moved to Concepción, Chile, with his parents Luisa Ernestina Schneider Jaccottet, native from Pelotas, Brazil, his father Francisco Oliver Brito and his two brothers –Eduardo Francisco (1904) and Ernesto Francisco (1906). His father came to take the po-

¹ It can also be said that the first Chilean expedition to the Antarctica was carried out by the end of August 1916 in the ship *Yelcho* commanded by Pilot Luis Pardo Villalón. See: Consuelo León Wopcke y Mauricio Jara Fernández (Eds.). *El Piloto Luis Pardo Villalón. Visiones desde la Prensa, 1916* (Valparaíso: LW Editorial, 2016).

² It was a group of 27 intellectuals, scientists and specialized technicians made up of Eugenio Orrego Vicuña, Carlos Oliver Schneider, Parmenio Yáñez, Juan Lenguerich, Guillermo Mann Fischer, Humberto Barrera Valdebenito, Enrique Torralva, Raúl Bahamondes, Millán Toro Rojas, Próspero Madrid, Eusebio Flores, Louis Robin, Carlos Kaboll, Pedro Brant Solar, Enrique Bunster, Francisco Coloane, Oscar Pinochet de la Barra, Guy Walrand, Pablo Estay, Jenaro Medina, Oscar Vila Labra, Jorge Greve, Arturo Larraín, Julio Ripamonti Barros, Hans Helfritz, Hernán Correa y Pedro Peña y Lillo.

sition of Consul in the harbor of Coronel and a few years later, due to political changes in Uruguay, he ended quitting the consular representation of his country and decided to stay with his family in Concepción. In this city, he worked as an accountant and devoted mainly to his work and family.

Carlos Oliver studied at Lyceum of Concepción and later in the recently created University of Concepción where he graduated as Industrial Chemical Engineer and started to work at the Museum of the city, institution that he never left. In 1926, he married Nília Maria Pastorino in Uruguay and came back to Concepción. Here he settled his home and was father of three children: Carlos Francisco, María Luisa and Aurea Nília Oliver Pastorino.³ Two years after returning from the Antarctica, Oliver suddenly died in June 1949.

Proa al Sur is a seventeen-part journal where the author observes and narrates the astonishing travel of “national sovereign and science knowledge” on board of the Chilean Navy ships in the Antarctica.

This piece of work will undoubtedly complement the existing visions of publications about this Chilean expedition issued at that date and in the following years.⁴ This Journal is also accompanied by two interviews carried out in 1947, one in Punta Arenas and another in Concepción.

Finally, we would like to acknowledge historian Boris Márquez Ochoa for authorizing and promoting the photography of Carlos Oliver in the Antarctica, and also

³ Boris Márquez Ochoa. *Carlos Oliver Schneider. Naturalista e Historiador de Concepción* (Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, 2015).

⁴ We refer to Francisco Coloane Cárdenas. *Los Conquistadores de la Antártida* (Santiago: Ed. Zig-Zag, 1945); Enrique Cordovez Madariaga. *La Antártida Sudamericana* (Santiago: Ed. Nascimento, 1945); Oscar Vila Labra. *Chilenos en la Antártica* (Santiago: Ed. Nascimento, 1947); Oscar Vila Labra. *Historia y Geografía de la Antártica Chilena* (Santiago: Ed. Tegualda, 1948); Eugenio Orrego Vicuña. *Terra Australis* (Santiago: Ed. Zig-Zag, 1948); Guillermo Mann Fischer. *Biología de la Antártica Suramericana. Estudios realizados durante la Expedición Antártica Chilena, 1947* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1948); Hans Helfritz. *Llama la Antártica. Viaje por el Fantástico Mundo Helado del Sur* (Buenos Aires: Ed. El Buen Libro, 1948); Antonio Huneeus Gana. *Antártida* (Santiago: Imprenta Chile, 1948); Enrique Bunster. *Mar del Sur* (Santiago: Ed. Nascimento, 1951); Salvador Reyes. *El Continente de los Hombres Solos* (Santiago: Ed. Ercilla, 1968); Oscar Pinochet de la Barra. *Base Soberanía y Otros Recuerdos Antárticos* (Santiago: Ed. Andrés Bello, 1986).

thank the graphic designer Guido Olivares for his professionalism in the creation of this work. At the same time, we leave proof that the discovery of Carlos Oliver Schneider's journal wouldn't have been possible without the documental research made by our Fondecyt Regular Research Project N° 11703314 named "The Second Pilot Luis Pardo Villalón and the Second British Letters Patent: The Chilean Antarctic policy between the Historic Belonging and the International Uncertainty, 1906-1917".

En la expedición antártica chilena de 1947 “se recogieron las primeras muestras que permitieron recabar información geológica, de flora y fauna, y geográfica del territorio antártico que comenzaba a descubrirse”.

Boris Márquez Ochoa. *Carlos Oliver Schneider.
Naturalista e Historiador de Concepción.*
Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, 2015, pp. 98-99.



**Carlos Oliver Schneider a su llegada de la Antártica en
la estación de ferrocarriles de Concepción**

Fuente: *El Sur* (Concepción). Lunes, 14 abril 1947), página 1.

ÍNDICE

Presentación

Mauricio Jara Fernández – Pablo Mancilla González 5

Presentation 9

PRIMERA PARTE: Diario de Viaje

Proa al Sur

Diario del naturalista de la primera expedición chilena a la Antártica en 1947

Carlos Oliver Schneider 19

SEGUNDA PARTE: Entrevistas

La geología demuestra que la Antártica es, indiscutiblemente, un trozo de Chile

La Prensa Austral 111

Poderosa industria ballenera sería utilidad inmediata que podría reportar el territorio de nuestra Antártica

El Sur 113

Primera Parte
Diario de Viaje



PRIMERA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Domingo, 4 Mayo 1947, pp. 3-4

Hace un año más o menos, en Puerto Chacabuco, allá en la entrada del río Aysén, en una tarde gris más ventosa que lluviosa, comimos la fruta dulce del calafate¹, el arbusto típico de los matorrales de la región. Desde entonces nuestra aguja de marear se ha imantado con insistente frecuencia hacia el sur.

Este fenómeno está determinado por la realidad de una vieja superstición magallánica, mito de encantamiento natural que constituye una tradición muy arraigada en las tierras del sur. Es la tradición de que el extranjero que come calafate adquiere una especie de ciudadanía y tiene forzosamente, vivo o muerto, que volver a esas tierras².

Es un extraño encantamiento de esos suelos de clima inhospitalario, de fría dureza, que atrae y cautiva con el misterio de sus nieblas y que grita, en la violencia de sus ventarrones, el promisor futuro de su naturaleza, que, aparentemente hosca, nos está brindando.

¹ El calafate (*Berberis buxifolia* lam), es un arbusto cuyas hojas recuerdan las hojas del boj. Abunda en todo Chile desde Santiago hasta la Tierra del Fuego, donde es más notable, por la escasez de otras plantas. Su fruto que es una baya, rico en ácido málico tiene un gusto astringete.

² Esta tradición magallánica, tan arraigada, se encuentra expresada en la letra de la canción *Punta Arenas* de José Bohr, que es una especie de himno regional de la simpática ciudad: "Punta Arenas, Punta Arenas el que como calafate ha se volver a tus playas. Punta Arenas donde anida mi querer".

Es por esto que nuestra derrota volvió a fijar su rumbo al sur, pero esta vez a un objetivo muy lejano, a las heladas tierras de la Antártica.

Y es así como nos encontramos enrolados en este viaje de soberanía nacional y de conocimiento, a bordo de la flotilla antártica que bajo el comando del comodoro Federico Guesalaga Toro y formada por el transporte *Angamos*, comandante Gabriel Rojas Parker, y la fragata *Iquique*, comandante Ernesto González Navarrete, llevó la misión de fijar la bandera en nuestros desamparados territorios polares.

Volvimos a liar nuestros trebejos, calarnos las gruesas y abrigadoras ropas de otras campañas y envueltos en el “saueste”³ de todas las tormentas emprendimos en ella la no menos difícil tarea que nos fuera confiada en el cargo de naturalista de la primera expedición chilena antártica.

Y en una calurosa tarde de enero, en la rada de Coronel, en donde hacía faena de carbón el transporte *Angamos*⁴, en el viejo muelle carbonero que, en otrora, cuando niños, tanta pesca abundante nos brindara, después de dejar a nuestra muy querida gente, fuimos los primeros de la misión científica que embarcamos para emprender esta incierta jornada que pretendemos relatar.

* * *

La primera noche, como todas las primeras noches a bordo de un buque en navegación, el sueño no vino fácilmente. La atención se fijaba a cada instante en los innumerables ruidos que más tarde habrían de sernos familiares.

Y esta atención entró luego en un proceso de elaboración subjetiva del fenómeno. Primero intento adivinar, adivinar es justamente la expresión adecuada, adivinar el origen y la naturaleza probable de los ruidos, luego entro a clasificarlos.

Demás está decir que a los quince días de embarcados los ruidos no tenían im-

³ El vocablo “saueste”, del argot marineru es la forma castellanizada del término “south west”, con que los marineros ingleses denominan al traje encerado.

⁴ El transporte *Angamos* fue construido en los astilleros dinamarqueses de Aalborg, en 1943. Izó la bandera chilena el 7 de marzo de 1946. Tiene 340 pies de eslora, 40 pies de manga y 20,8 pies de puntal. Su tonelaje es de 6.030 toneladas.

portancia alguna. Pasaban desapercibidos.

En el *Angamos*, como en todo buque nuevo, en que las máquinas andan en su ajuste, los ruidos están sincronizados. Forman un conjunto que si bien son dudosamente musicales, en algunos momentos se tornan armónicos. Parecían esa primera noche como emitidos por la banda de un circo pobre en que la frecuencia del bombo subraya el compás de un “andante apasionado”. Con largas intermitencias y a destiempo el telégrafo de máquinas da la nota del triángulo.

En una singladura, en mar tranquilo, con viento por la popa, arribamos a Valparaíso, en medio de un festival de pólvora, cuando los cañones del H.M.B. *Sheffield*, vicealmirante Tennant, saludaba a la plaza y las baterías del cuartel *Silva Palma* contestaban con las salvas de ordenanza. El estruendo contagiaba el alma y nos hacía, no sé por qué causas, partícipes en ambos saludos. Algo augural había en ellos.

Apenas amarrados al molo de la dársena la actividad surgió febril por las auras de babor y de estribor. Aviones, lanchas, trineos, tambores de petróleo, cajones, bolsas de provisiones, equipos, carne, aves, todo un avituallamiento había de ser embarcado en el menor tiempo posible para justificar una injustificada impaciencia. Se decía entonces por los innumerables charlatanes que brotaban y siguen brotando alrededor de la expedición que ésta iba a las regiones polares con notable retraso.

Esto del atraso era cierto, pero no en el sentido estrecho que se esperaba, no íbamos con un mes de atraso, como se decía, esto no tenía importancia y las circunstancias así lo comprobaron, sino que íbamos con cuarenta años de atraso. Y los hechos también lo van a comprobar.

Una incesante faena en que las escuadrillas de embarque se turnaban sucesivamente, dejó al cabo de dos días a la nave en estado de hacerse nuevamente a la mar.

Horas antes del zarpe el director general de la Armada, almirante Daroch, con todas las solemnidades del caso y rodeados de su Estado Mayor pasó revista al buque y a la tripulación.

Hubo luego una alocución a los expedicionarios. El almirante con palabras sencillas hizo más comprensiva la misión que a todos correspondía en esta expedición.

Íbamos a hacer más nuestro un vasto territorio nuestro.

A nadie escapaba el que íbamos a arrostrar todos los peligros por mares procelosos y tierras desamparadas, luchando con la ineficiencia de equipos improvisados y la inexperiencia natural en estas cosas que a excepción de uno o de dos eran totalmente nuevas y como nuevas, deslumbrantes.

Íbamos a correr una aventura.

Más, nosotros nos hicimos una reflexión. ¿Y no es la ciencia también una aventura?.

Una firma y constante aventura. Y acaso, no ha sido a esa absorbente aventura, que por más de un cuarto de siglo hemos entregado la vida entera.

Lentamente desatraco el *Angamos*, en esa noche del 28 de enero, del molo porteño y avanzó lentamente a través de la bahía.

Los barcos de guerra nos deseaban un feliz viaje con sus destellos.

Así fuimos dejando atrás ese anfiteatro de luces que es el Valparaíso nocturno.

El rumbo estaba al sur.

Y así se mantendría por mucho tiempo.

* * *

La navegación se fue cñiendo a la siempre inevitable rutina de todos los viajes por alta mar.

Agua y cielo. Cielos radiantes a veces, encapotados otras. Mar boba en la mañana. Olas encrespadas en la tarde, que, a veces se tornaban violentas en la noche. Todo un simulacro, pero nada más que un simulacro de futuros bandazos y otras amenidades del mar.

Un solo incidente se registró en los dos primeros días de navegación. La captura inevitable de "un pavo".

El "pavo" es una especie aun cuando ocasional y decimos ocasional porque la ge-

nera la ocasión, muy abundante en nuestros puertos. El espíritu errante y aventurero del pueblo, los anima.

Nuestro “pavo”, un azorado “curquito”⁵, fue desembarcado en la isla Mocha, el antiguo nido de los bucaneros del Pacífico.

Fue así como pasamos a la vista, despaciosamente, de la isla Mocha⁶, con la Punta Arvejas, allí donde anclara el *Golden Hind*, navío de Drake y las indias le arañaron la cara al almirante por lascivo. Luego, el morro de los Chinos, la caleta de la Fragata, la caleta de la Hacienda, la punta de la Ballena, donde se quedó el Águila, hospitalario compañero de otras aventuras, el Derrumbe y finalmente el Batral. En el fondo se recordaba la obscura figura entre el cielo y el mar, del monte Alemparte, del monte Sage, del Colmenares y finalmente del monte Darwin.⁷

Cada detalle de esa isla que se va quedando en el horizonte nos hace añorar recuerdos agradables de una ya lejana campaña.

* * *

El *Angamos* llevaba a su bordo el estado mayor científico de la expedición antártica, formado por un grupo de universitarios que se habían abocado a los complejos problemas del conocimiento antártico. También nos acompañaba un equipo militar y otro de aviadores.

Todo ese grupo, al parecer heterogéneo se fue unificando y tomando contacto. El intercambio de ideas lo fue haciendo más compacto. El buen humor que reinaba

⁵ Curquito, diminutivo de curco, jorobado, vocablo de origen kichwa, derivado de curca, joroba. Una variante es curcuncho, vocablo generalizado en toda la América española.

⁶ La isla Mocha que tiene 50 kilómetros cuadrados de superficie está situada en los 38° 20' de latitud sur y 73° 56' de longitud. Fue descubierta por el almirante Pastene el 10 de septiembre de 1544.

⁷ Los montes Alemparte, que deben su nombre a don Juan Alemparte, antiguo arrendatario de la isla, tiene 330 metros de elevación, el monte Sage, así designado en homenaje a nuestro ilustrado amigo don Alberto Sage, benefactor público de la región de la Frontera, tiene 295 metros. El monte Colmenares, recuerda al teniente José Ignacio Colmenares que hizo el primer levantamiento de la isla en 1803-1804 y tiene 300 metros de elevación. El monte Darwin, el más alto de todos, de 309 metros recuerda al sabio naturalista de ese nombre.

en la cámara y en cubierta fue haciendo cristalizar el buen espíritu de la expedición. Le dio forma y contextura.

Entre muchos “lleulles”⁸ había gente “veterana” en el estudio de nuestro territorio. A nadie le faltaba entusiasmo.

Teníamos entre nosotros al profesor Humberto Barrera, de la Universidad de Chile, el primero que ha tomado seriamente el estudio de nuestros problemas glaciológicos y que, con su revista *Andina* hace obra perdurable. Está preocupado también del estudio del magnetismo terrestre y cada día lo vemos largo tiempo absorto en la contemplación de sus instrumentos. Toma entonces una aptitud que sin exagerar bien podemos llamar mística.

La Oficina Meteorológica de Chile, “la dueña del tiempo”, tiene destacado en este equipo científico a Enrique Torrealba y a Raúl Bahamonde, que unidos a Millán Toro, meteorólogo de la FACH, trabajan incansablemente desde el primer día del viaje, en sus observaciones, predicciones, gráficos y esquemas. Y en su honor debemos decir que anduvieron siempre acertados. En ellos descansó la tranquilidad y el éxito del viaje.

No en balde estos simpáticos y bulliciosos compañeros que dimos en llamar “malteos”, por extensión a la denominación de las radios que traían las observaciones de las otras estaciones meteorológicas, eran también los “dueños del tiempo”.

Más de una vez les decimos “compañero Bahamonde, hagamos un temporal, pero que sea chiquito”.

Y el amigo Bahamonde, con esa gravedad y prestancia chilota que heredó de sus mayores, respondía: “Lo quiere de fuerza nueve”.

“Amigo Torrealba. Por favor, que el mar de Drake esté tranquilo”.

Ese mar de Drake, que hace honor al pirata de ese nombre constituía nuestra pesadilla.

La Universidad de Chile destacó en la expedición a un representante oficial, a Eu-

⁸ Lleulle, es un vocablo propio de nuestra frontera, que quiere decir novicio. Esta es la acepción que nosotros le damos y no otras.

genio Orrego Vicuña, historiador. Está también con nosotros Francisco Coloane, escritor magallánico, legítimo hombre de la Fuegia, que capta ambientes humanos y Enrique Bunster, que ha abordado con éxito la literatura naval y que sueña con piratas y naufragios.

El profesor Dr. Guillermo Mann Fischer, profesor de zoología en la Universidad de Chile y del personal técnico del Ministerio de Agricultura lleva la misión de estudiar las ballenas, la más positiva y la más tangible de las riquezas de los mares antárticos.

El Ministerio de Relaciones Exteriores ha enviado a Óscar Pinochet de la Barra, el culpable directo de toda esta expedición, como se suele decir en broma al erudito autor de *La Antártida Chilena*, la memoria universitaria que cristalizó todo este latente problema nacional y supo agudizarlo haciéndolo aflorar a la superficie de la atención pública.

La DIC también está representada en esta expedición, Óscar Villa Labra y Hans Helfritz, el inimitable y trashumante cameraman, van a documentar la Antártica Chilena. Más tarde ha de agregársenos Hernán Correa, otro cameraman, que hace la primera parte del viaje en la fragata *Iquique*.

Nosotros tenemos también nuestra misión. Representamos a la Universidad de Concepción por invitación del Estado Mayor de la Armada quien nos ha investido en calidad de naturista de la expedición. Vamos, pues a coleccionar material de historia natural para conocer la naturaleza antártica pero también se nos ha encargado, y en forma muy especial, el buscar las relaciones geológicas entre la región antártica y el continente nuestro.

En otras palabras debíamos rastrear la continuidad de Chile en las regiones polares para solidificar los fundamentos del derecho geográfico que tiene el país en la Antártica.

El Instituto Geográfico Militar tiene un vasto plan de trabajo. Es nada menos que el reconocimiento geográfico y el levantamiento topográfico de todo el territorio que le corresponde a Chile o sea un millón doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados. Es una labor que ahora se inicia con la medición de una base y es un trabajo de muchos años. El mayor Pablo Ihl, el capitán Arturo Ayala, el to-

pógrafo Prospero Madrid, el geógrafo Eusebio Flores, más algunos individuos de tropa forman este equipo sobre el que pesa una labor fundamental. El teniente Jorge González con un grupo del Regimiento Andino N° 2 completan esta misión geográfica.

Y el Estado Mayor General del Ejército ha enviado a dos de sus oficiales, los mayores Raúl Silva y Sebastián Carbonell, encargados de una misión estrictamente militar.

La aviación, desde los tiempos de Wilkins constituye un factor decisivo en una campaña antártica. Había destacado al comandante Enrique Byers del Campo, al capitán de bandada Eduardo Iensen Franke, el capitán ingeniero Andrés Martínez Vigoroux y a los tenientes Arturo Parodi Alister, Tomás Franzetti Padlina, un penquista nativo y había también un penquista honorario, el teniente Humberto Tenorio, que tantos recuerdos y afectos tiene en la perla del Biobío. El Sikorsky 308, embarcado en el *Angamos*, fue el caballito de los mandados en la primera expedición antártica. Día llegará en que han de guardarlo en un museo como recuerdo de la hazaña.



SEGUNDA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Lunes, 5 Mayo 1947, p. 3

La vida a bordo continúa transcurriendo en jornadas que no tienen más relieve que el cielo y el mar.

Un pájaro, un cetáceo cualquiera, una lejana silueta de tierra adquiere, en estos días monótonos, una trascendencia insospechada antes.

En uno de estos largos atardeceres, propios de la latitud en que navegamos y que son preludio de los que tendremos más tarde, distinguimos la isla Guafo⁹ quedarse por la cuadra de babor.

Su faro que comienza en esos instantes a encenderse, nos hace guiñadas, una guiñada que es una real llamada de atención hacia esta isla que descubriera don Francisco de Ulloa en el día de San Martín del año de Gracia de 1553¹⁰, lo que motivara el hecho de adjudicarle este nombre siguiendo la tradicional costumbre de los navegantes españoles.

Aun cuando la isla estuvo primitivamente poblada por indios payos, el nombre de Guafo es vocablo chono y quiere decir “lugar del viento sur”, o sea, descomponiendo la palabra, proviene de “guaguen”, viento sur y “fo”, lugar. Equivalente al araucano “hue”.

⁹ La posición de la isla Guafo al sur de la isla Grande de Chiloé, es de 43° 37' de latitud y 74° 40' de longitud.

¹⁰ El día 11 de noviembre de 1553.

La isla tiene siete y medio millas de largo por cinco y media de ancho. Una espesa capa vegetal que en muchas partes alcanza a más de un metro de potencia, forma su suelo, cubierto en casi su totalidad por un bosque cerrado¹¹.

De esta isla Guafo, consigna una información interesante el hidrógrafo inglés capitán Fitz Roy que la visitó en 1830, en el famoso viaje del *Beagle*. Dice Fitz Roy: “No hay habitantes actualmente, pero sí muchas ovejas pertenecientes a los chilotos que viven en Cailín. Antiguamente había en Guafo unos indios llamados huehuenches¹², pero los españoles los obligaron a abandonarla por temor de que pudieran proporcionar informaciones o víveres a los barcos ingleses”¹³.

Con esta razón, en un interesante y reciente estudio reflexiona el capitán de corbeta Exequiel Rodríguez, nuestro buen amigo y compañero en esta aventura antártica al decir: “sin embargo, también esta isla está hoy abandonada a pesar de que hace cuatro siglos, los indios la cultivaron con sus medios primitivos, atravesando las veinte millas que la separan de Chile, en débiles piraguas”¹⁴.

Un grupo de fárdelas negras (*Puffinus griseus*) pasa volando hacia la isla. Vienen seguramente de las cosas de las Guaitecas. Son las primeras que vemos este año.

Forman un escuadrón numeroso y compacto, aproximadamente de un cuarto de

¹¹ Todo esto nos hace recordar el informe de nuestro antiguo amigo, el malogrado comandante Hulaud, que en el verano de 1903-1904, de teniente dirigió la comisión hidrográfica que exploró esta isla. En ese informe estampó los siguientes conceptos que extractamos: “Hay un buen número de plantas forrajeras, útiles para el ganado vacuno o lanar, el que consume además el ramaje de algunos arbustos...”. “Las ballenas suelen aparecer en abundancia en ciertas épocas del año en el golfo de Guafo”. “... El clima es análogo al de las Guaitecas y Chiloé siendo favorable para el cultivo, pues se notó la existencia, en algunas partes de papas silvestres y de arvejas; tomando en consideración la capa vegetal que cubre la isla, puede presumirse que se tendría un buen resultado efectuando las mismas siembras que en Chiloé. El personal que estuvo en la isla, gozó siempre de excelente salud durante 57 días que permaneció en ella”.

¹² Huehuenches significa gente silbadora, de “keygen”, silbar y “che”, gente.

¹³ “En esta parte del país, la raza, está extinguida gracias a los cuidados que tuvieron los católicos de transformar a la vez a los indios en católicos y en esclavos”. Charles Darwin. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* (Buenos Aires: Librería El Ateneo, 1945), p. 340.

¹⁴ Exequiel Rodríguez. “Exploraciones entre Puerto Montt y el golfo de Penas y labor de la Armada Nacional en el progreso de esa zona” *Revista de Marina* n° 533 (julio-agosto, 1946).

milla de extensión que vuela ondulándose, desciende hasta el agua y vuelve a elevarse de inmediato. Todo el resto de la columna al pasar por ese mismo punto desciende y se eleva nuevamente. ¿Por qué?

No creemos que sea por alimentarse porque esto no las obligaría a descender el vuelo en un mismo y preciso unto. ¿Un caprichoso juego de las fardelas piloto? Quién sabe.

Como toda especie de petreles, son voraces y se alimentan de cardúmenes de peces que persiguen hasta grandes distancias, regresando en la noche a los roqueños, donde anidan. Esta era, precisamente, la operación que en esos momentos contemplábamos y que en forma bella y magistral realizaba esa larga, sinuosa y oscura ancha cinta alada.

Al día siguiente, estábamos en la mañana a la cuadra de la isla Guamblin¹⁵, que apenas se distingue embozada en la niebla de la mañana, que a trechos el sol parece dorar.

Guamblin, en lengua de chonos, quiere decir “alerta, despierto, en vela” y en las aguas de Guamblin hay que estar despierto. Es también una isla con historia en este archipiélago en que todas las islas tienen su historia, a pesar de que más de algún hidrógrafo compasivo les ha impuesto un nombre postizo y extraño.

Cuando todas estas islas eran pobladas por los esforzados indios chonos acostumbrados éstos, a llevar a la isla Guamblin y a la isla vecina de Ipun¹⁶, sus baños y en cada temporada favorable, hacían hasta ellas sus navegaciones, un tanto peligrosas por la braveza del mar, para recoger el ganado que sólo se había reproducido y abastecido de lo que sus necesidades requerían¹⁷.

¹⁵ La isla Guamblin, que su descubridor, el famoso Cortés Ojeda, en 1557 denominó de Nuestra Señora del Socorro, está situada en los 44° 55' de latitud y 75° 05' de longitud.

¹⁶ La isla Ipun, que tiene 70 kilómetros cuadrados está situada en los 44° 40' de longitud.

¹⁷ Dice Fitz Roy, refiriéndose al canal Nihualat: “Por este pasaje los indios chonos solían ir una o dos veces al año a revisar los pequeños hatos de cabras o majadas de ovejas que tenían entonces en aquellas islas exteriores ya mencionadas Guamblin (o Socorro), Ipun (o Narborough) así como las otras.

Al promediar el día, avistamos la alta silueta de la península de Tres Montes, a la entrada del golfo de Penas, que los desesperados navegantes y asustados pasajeros han dado, y con razón el llamar de Penas. Este golfo es el que, con cierta razón, un esforzado misionero, el padre García, dio en llamar mar de Guayaneco.

Cada línea quebrada de ese lejano perfil de Tres Montes, representa generalmente una bahía, una caleta o un puerto y nos significa, personalmente, un sitio cuajado de amenas enseñanzas que hace tiempo recogimos y en otra oportunidad hemos relatado.

Más nuestra derrota lleva el rumbo por fuera, y así continuamos por el océano hacia el canal de Trinidad, que es por donde vamos a tomar el estrecho de Magallanes.

A estribor, pasa un grupo de tres cachalotes¹⁸ (*Physeter macrocephalus*) que harían la afortunada jornada de cualquier ballenero. Su soplado chorro característico lanzado hacia adelante y en grande inclinación, denuncian su especie. Uno de ellos enderezó la cabeza fuera del agua, como una torre, y deshizo el movimiento en un salto.

Es el cetáceo de la esperma y del ámbar¹⁹. El primero es una substancia aceitosa, líquida a la temperatura ambiente, y que está localizada en la parte superior de la cabeza.

El ámbar gris, es una materia valiosísima que se forma en el intestino grueso de los cachalotes, siendo muy discutido su origen, y que en estado fresco, tiene un olor fecal insoportable.

¹⁸ El cachalote tiene el nombre vulgar de “epamuel”, derivado de la denominación inglesa “sperm whale”.

¹⁹ El año 1895 varó un cachalote en Lebu que produjo 16 kilos de ámbar que un comerciante francés de ese puerto vendió en Europa, según documentos que obran en nuestro poder, en 3.000 francos el kilo, y en francos de ese año.



TERCERA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Martes, 6 Mayo 1947, p. 3

A la entrada del canal Trinidad²⁰ dos toninas de la especie *Lagenorhynchus obscurus* se acercan a darnos escolta. Siguen la estela del barco. Se adelantan en saltos ligeros que las asemejan, por la comba, del lomo, a galgos en carrera de obstáculos, altos a los que no hay que negar elegancia al aflorar y al elevarse sobre las olas.

Es creencia general que buscan alimentos en los desperdicios del barco, mas esto no es así. Cazán peces que huyen desatentados en las aguas, en la estela que deja el buque.

De ahí su carrera de popa a proa, que cortan rápidamente volviendo de estribor a babor, en esa navegación de competencia.

Como todos los cetáceos tienen la aleta caudal en posición horizontal.

Un viejo ballenero noruego, de esos que la vida del mar es una tradición natural me contaba, muchos días después, por qué todos los cetáceos tenían la cola en esa posición. Es una tradición escandinava que como es escandinava es común en todos los mares del mundo. Para ese marinero que todas las sales de todos los mares habían curtido la piel, las toninas y todos los demás cetáceos tenían en principio la cola atravesada vertical quería decir, como los peces, en forma que

²⁰ El canal Trinidad está situado en el 50° de latitud y 75° longitud.

superaba a los caballeros del carro del “padre” Neptuno. Esto lo irritó y tomándolos a todos les torció la cola, con lo cual logró disminuir la rapidez de la marcha.

La naturaleza de las islas que vamos costeando en estos canales magallánicos se nos presenta cubierta de una pobre vegetación que el viento y la nieve dominan y gobiernan.

Esta llega hasta la misma orilla en una modalidad de bosques tupidos y húmedos. Las plantas se distinguen fácilmente. Ahí está el *Nothofagus betuloides* que los alacalufes, señores de ese territorio llaman “ouchpaya”, árbol siempre verde tan semejante al coigüe. El canelo, que fue descubierto científicamente en esas mismas tierras por las que en esos momentos andábamos y que los sabios botánicos llamaron “*drimys winteri*”, en homenaje a su descubridor, un pirata, el capitán Guillermo Winter, de la escuadra de Drake que descubrió que su corteza aromática era curativa del escorbuto y que la llevó a Europa en 1579. Su aceite esencial lo constituye un hidrocarburo que se conoce con el nombre de “wintereno”. Este árbol también lo llaman “vogue”. Vemos ejemplares del lahuar, que también llaman ciprés (*Libocedrus tetragona*), con sus simpáticas hojitas verde claro opuestas en cruz. Y haciéndole competencia en el color, también verde claro en tanta masa verde oscura, está el saúco del diablo o saúco cimarrón (*Pseudopanax laetevirens*), Gay, famoso por el mal olor de sus hojas y que dejan pasadas las manos cuando uno por necesidad en los desembarcos en esas tierras agrestes, las comprime con los dedos.

Se divisan las flores blancas de la chaura (*Gaultheria mucronata*), que es un subarbusto que cubre el suelo y de otra especie de la misma familia, una ericácea (*Gaultheria myrtilloides*), de hojas muy tupidas, que daban color al paisaje. No faltaba en el conjunto el pangue de Magallanes (*Gunnera magellanica*), que produce unas nalcas pequeñas y débiles que he oído llamar a los loberos “palacoazir”, sin haber logrado saber el origen de esa palabra.

También estaba en flor una hierba de hojas imbricadas y flores blanquiscas, la *Donatia fascicularis*, que se extendía sobre los escasos prados húmedos de las islas. Y en más de alguna parte vimos a ese líquen del género *Cladonia*, de apotecios rojos, dar colorido al paisaje, en competencia con el copihuelo o coicopihue (*Phi-*

lesia buxifolia), la planta parecida a nuestro copihue, que ya en estas latitudes no es tan común como en Chonos.

Pero todo este inventario vegetal se hacía así, a doce millas por hora, en rápida revista, mirando con avidez a babor y a estribor. En esta región de los canales magallánicos un botánico tiene mucho que ver y esa formación vegetal bien se merece un trabajo metódico que dará a la ciencia muchas novedades.

Aparece un pato vapor. Se ha asustado con el buque y nada apresuradamente hacia la ribera dejando tras de sí una estela muy semejante a la nuestra.

Es el primero que vemos y uno de los muchos que vamos a encontrar. Pertenece al grupo de patos que el nativo llama indefinidamente “quetru”²¹ pero específicamente se denomina *Tachyeres brachypterus*.

Este es el pato que viera Byron, el abuelo del poeta en la expedición del almirante Anson y que llamara tanto la atención por su velocidad para nadar a James Cook y al que bautizaron con el extraño nombre de “rider horse”, o sea “caballo de carrera”.

El capitán Stokes, antecesor de Fitz Roy en el comando del barco hidrográfico *Beagle* y en los levantamientos del estrecho, lo llamó mejor con el nombre de “steamer duk”, el pato vapor, en “recuerdo de la pequeña y maravillosa nave que se movía impulsada por el motor a vapor de Watt”, dice Riesenberg²².

“No sería exagerado, anota el propio Stokes, estimar su velocidad entre 12 y 15 nudos. La forma peculiar de las alas y las cortas plumas que la cubren, junto con la capacidad del ave para permanecer un considerable espacio de tiempo bajo el agua, lo tornan un notable eslabón entre los géneros *Anas* y *Aptenodytes*”²³.

Las opiniones de los naturalistas se han dividido respecto a la posibilidad de volar

²¹ Quetru, quiere decir en mapuche, tartamudo, balbuciente. El gallo que nos canta o se atora como los gallitos nuevos, lo llaman gallo quetru. Por extensión al pato que no vuela le han dado en llamar así.

²² Félix Riesenberg. *Cabo de Hornos* (Buenos Aires: Librería Hachette S.A., 1946)

²³ No estamos de acuerdo con la opinión del capitán Stokes en que el pato vapor, un *Tachyeres*, pudiera ser intermediario entre los géneros *Anas* y *Aptenodytes*. Por otra parte, su opinión, indudablemente ligera era la de un marino y no de un zoólogo.

que pueda tener el pato vapor. Hay quienes dicen que vuela en determinadas circunstancias. Una especie afín, el *Tachyeres pteneres*, lo hace, Guillermo Bridg, viejísimo conocedor de la fauna de la Tierra del Fuego lo afirma y sostiene también Blaauw²⁴ y Mongensen²⁵, conocidos ornitólogos. Nosotros somos partidarios de la opinión de Wace²⁶, cuando expresa: “es posible que las aves que se vieron volar sean, como algunos observadores creen, individuos jóvenes, los cuales con el avanzar de la edad pierden esta facultad, sea por el poco uso, o por estar imposibilitados de levantarse en el aire a causa de la desproporción que ha ido tomando el cuerpo, en peso y volumen, comparado con el poco desarrollo natural de las alas”.

Desde el canal Trinidad el *Angamos “cae”*, como se dice en jerga náutica, para tomar el canal Concepción²⁷, un antiguo y preciso valle litoral. Así va quedando atrás la isla Madre de Dios y la isla Inocentes, que en ya lejano tiempo poblaron los indios yekinauer, de cuya existencia apenas el nombre se conserva. Fue, se sabe, una unidad étnica nómada y canoera.

En la parte continental, en esa misma región habitó otra unidad étnica de origen desconocido, de los cuales, también, apenas nos queda el nombre, los indios lecheyeles.

Por la angostura de Nuestra Señora de Guía, que apenas tiene 350 metros de ancho, entre dos costas acantiladas, y que debe su nombre al navío de Sarmiento de Gamboa que la descubriera en 1579, situada entre las islas Chatham²⁸ y Hanover²⁹, salimos del canal Inocentes.

²⁴ Frans Ernst Blaauw. “Field-notes on some of the waterfowl of the Argentine Republic, Chile, and Tierra del Fuego” *The Ibis* Vol. IV Nº 9 (July, 1916), pp. 488-492.

²⁵ Juan Mogensen. “sobre la existencia de dos especies distintas de “pato-vapores” *Physis Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales* Tomo III (1916-1917), p. 84-85.

²⁶ Richard H. Wace. “Lista de aves de las Islas Falkland” *El Hornero* Vol. 2 nº 3 (1921), p. 201.

²⁷ El canal Concepción está situado en los 50° 30' latitud y 75° longitud, caracterizándose por su profundidad, lo que denota su antiguo origen, un fiordo.

²⁸ La isla Chatham está situada en los 50° 40' de latitud y 74° 20' longitud.

²⁹ La isla Hanover ubicada en el 50° 44' y 74° 17' de longitud.

La isla Bonduca, la isla Lucía, van quedando por “la aleta de estribor”. La isla Evans³⁰, de un color blanquizo característico, casi sin vegetación va quedando por babor. Muestra una hermosa morrena terminal, vestigio de un desaparecido glacial que en otra época dio belleza a este paisaje.

Así se va jalonando la ruta para llegar al canal Sarmiento³¹. A esa altura nos cruzamos con el vapor *Avilés*, de la Compañía Interoceánica, que lleva rumbo al golfo de Penas en demanda de Puerto Montt.

Esa noche por el paso Farquhar³², entramos al estrecho Collingwood³³.

³⁰ La isla Evans tiene unos 110 kilómetros cuadrados de superficie y está situada en los 51° 20' de latitud y 73° 37' de longitud, perteneciendo al grupo llamado de las islas Owen.

³¹ El canal Sarmiento, que lleva el nombre de su descubridor Sarmiento de Gamboa, tiene de dos a cinco kilómetros de ancho, estando situado en los 51° de latitud y 74° de longitud.

³² El llamado paso Farquhar está situado a los 51° 49' de latitud y 73° 17' de longitud.

³³ El estrecho Collingwood se abre entre el continente por el este y las islas Carrington y Newton en los 51° 50' de latitud y 73° 10' de longitud.



CUARTA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Miércoles, 7 Mayo 1947, p. 3

En la mañana siguiente navegamos por el canal Gray³⁴ entre las islas Nutria y Summer. La primera de estas islas cuyo nombre primitivo, en las cartas del levantamiento del *Beagle*, es Otter island, tiene este nombre debido a la abundancia que en otro tiempo tuvo de chungungos (Lontra felina), una verdadera nutria³⁵, carnívoro acuático de la familia de los mustelidos. Actualmente ya han desaparecido de sus aguas debido a la implacable caza que se les hizo. Es una lástima que esta valiosísima especie pilífera corra ya, en la región magallánica y aun en la fueguina, hacia su total extinción.

La morfología del paisaje en estos canales es muy característica. Riberas altas y escarpadas. Sus alturas, picos y mogotes son todos semejantes entre sí.

Las orillas son acantiladas y siempre profundas. Si hay un escollo, ellos siempre están señalados, abalizados diría un marino, por las algas que los cubren y flotan en la superficie. Hasta el borde mismo del agua llega la vegetación, pobre y achaparrada, formada por arbustos cubiertos de epifíticas y musgos.

Tempranamente vimos el magnífico espectáculo que nos proporcionaba una pa-

³⁴ El canal Gray se encuentra en el 52° 20' de latitud y 73° 40'' de longitud.

³⁵ La gente llama impropriamente nutria al coipú que es un roedor acuático. La verdadera nutria es un carnívoro de la familia de los mustelidos. Los representantes chilenos de las verdaderas nutrias, son el guillén y el chungungo, uno vive en aguas dulces y el otro en el mar. Sus pieles muy valiosas por cierto, aun cuando chilenas, se venden con el nombre de piel de Otter.

reja de pimpollos (*Columbus Rolland chilensis*), que al parecer, tomaban un idílico baño mañanero, a juzgar por la fruición con que lo hacían y a pesar, también, de que pasan en el baño la noche y el día. Al principio se sintieron sorprendidos por el ruido del transporte, más, acto continuo, se tranquilizaron y volverán a sus evoluciones matinales.

Los pimpollos, y yo no sé por qué los llaman pimpollos, son aves que viven casi sin intermitencia en el agua, más aun, dormitan sobre ella. Se zambullen y su nombre latino de *Columbus*, quiere decir precisamente “zambullidor”. La permanencia bajo el agua dura tres o cuatro minutos, aprovechando la extraña modalidad que tienen de poder almacenar aire en la tráquea, que al efecto dilatan en forma de bolsa, y de donde lo van suministrando gradualmente, a los pulmones.

Si alguna vez a nuestros submarinistas se les ocurre el buscar un ave nacional que les sirva de emblema, no encontrarán ninguna mejor que este pimpollo de nuestros canales para representar a la especialidad.

De pronto vimos a la pareja de pimpollos nadar sumergidos, no dejando afuera nada más que el pico, y así, cautelosamente incursionaron hasta la proa del *Angamos*, para luego quedarse atrás y perderse justamente en la estela.

La derrota, que ahora, por extranjera influencia, se ha dado en llamar “track”, nos llevó al canal Smith³⁶, y es así como pasamos a la cuadra de los islotes Fairway, los del bello camino, que de encantadores, sólo tiene tristes recuerdos, ya que constituyen un cementerio de barcos. Allí se quedó y para siempre, el *Moraleda*, el cómodo vapor de la Ferronave. Así hubo un hidrógrafo que llamara estos islotes, el “camino encantado”.

Un poco más allá, está otro grupo de islotes, el grupo Straggler, que quiere decir diseminados. En ellos se hundió el buque brasileño *Ponta Verde* y el vapor nacional *Magda*.

Y así, por esas puertas con tan trágicos recuerdos, entramos al Estrecho, junto a la isla Tamar, con sus dos cumbres características, el monte Tamar y el monte

³⁶ El canal Smith, que se utiliza para evitar la mar gruesa del océano, comunica el estrecho Nelson con la parte N. W. del estrecho de Magallanes y constituye la ruta usual de un viaje a Punta Arenas.

Jones, ambos de poco más de 400 metros de elevación. Esta isla Tamar lleva el nombre de la fragata que mandaba el comodoro John Byron en 1764, el mismo que 23 años antes había estado prisionero en Chile, después del terrible naufragio de la fragata *Wager*, que formó parte de la escuadra del almirante Anson. Este comodoro Byron, que fue abuelo del inmortal poeta John Byron, según cuentan las crónicas coloniales santiaguinas, dejó roncha, pues de él se enamoraron las damas santiaguinas, viejas y jóvenes; no en balde tenía la belleza y la apostura de Antínoo. Lástima que este Byron no entendía de amor y se escandalizaba cuando las templadas damitas le hablaban en el punto de su desesperación, demasiado claro.

Así, enfilamos en paso del Mar, que las cartas náuticas inglesas llaman “sea reach” y continuamos por el paso Tortuoso que también llaman “croked”, para entrar en el paso Inglés, dejando a estribor la isla Carlos III, así llamada por el capitán de navío don Antonio de Córdova, en la memorable expedición de la fragata *Santa María de la Cabeza*.

Un rato más tarde el cabo Holland³⁷, en la península Brunswick hace cerrar la caña, y por la proa tomando medio canal, que nos lleva a “pasar claro” el cabo Froward, el extremo más austral del continente³⁸.

Es en este lugar donde se puede decir, y con justeza, aquí terminan los Andes. Aquí termina el continente, lo que queda más allá sólo son islas.

Este cabo Froward, ha sido en realidad porfiado, para justificar el nombre que le diera el pirata Cavendish, a quien le costó mucho el remontarlo.

Una cruz colocada en el alto abre sus brazos acogedores. Es el símbolo de la cristiandad y recuerda a quienes con un heroísmo incomparable trajeron a estas tierras la civilización. En medio de este paisaje desolado que azota el mar y baten todos los vientos, uno siente con embarazada emoción, frente a esta cruz, el re-

³⁷ El cabo Holland, alto y oscuro, especie de escalera de gradas monumentales, que alcanzan a su cumbre de 385 metros, está en los 53° 49' de latitud y 71° 42' de longitud.

³⁸ El cabo Froward está situado en los 53° 55' de latitud y 71° 17' de longitud. El navegante español Nodal, lo llamó cabo Fruarte y Sarmiento de Gamboa, lo bautizó con el nombre de Punta Santa Águeda, día en que lo tomo, el 11 de febrero de 1580. Y en aquellos tiempos, y a la vela, tomarlo era mucho.

novado heroísmo de un principio³⁹.

Un poco más al sur vemos la silueta elevada del monte Tarn cuya cumbre parece una gigantesca silla de montar, alcanzando a 800 de altura. Lleva el nombre del cirujano del *Aventure*, el doctor John Tarn, que lo ascendió en 1827.

Por ahí en la costa debe estar la pequeña bahía donde recaló el *Trinidad* de Magallanes y en la cual tanto se asombraron con una varazón de sardinas que hubieron, en agradecimiento al banquetazo que con ellas se dieron, junto con los tripulantes de la nave *Victoria* y *La Concepción*, de denominarla bahía de Las Sardinas.

El largo crepúsculo austral en esa hora, junto al paisaje que va pasando quedadamente, nos lleva a evocar el pasado de estas tierras. Estamos en el momento preciso del día que mejor se presta a todas las evocaciones. Esta penumbra, más que la noche misma, embarga el alma con los recuerdos.

Allí, en la alta costa de Brunswick, nos parece sentir el ulular de aquellos indios altos que el sabio caballero de Rodas, don Antonio de Pigafetta, cronista de la expedición de Magallanes, dio en llamar “patagones” y que no son otros que los teguelches o tzonecas, para usar la nomenclatura primitiva que en todo caso es la más apropiada.

Por la ribera, aquella que va quedando a estribor, en la isla Grande de Tierra del Fuego, vivieron, y casi digo... viven otros indios. Los onas divididos en dos grupos típicamente especificados los shelknam y los mánekenk o hauss. Actualmente sólo subsisten y casi fuera de su condición primitiva unos escasos descendientes del primer grupo o porción étnica. Los demás... los mató la civilización.

La tierra que tenemos enfrente es la que ellos llamaron “shelknam ka haruchin”, la patria de los shelknam. Y toda la Tierra del Fuego es la “karukinká”.

Pasan unos flamencos volando hacia el Continente. Constituyen una escuadrilla admirable y algo más, impecable. Aquí los onas los llaman “teell”. Y el pato vapor que se aparta de nuestra ruta velozmente es llamado “alaksh”.

³⁹ La Cruz del cabo Froward, monumento de hierro y piedra, tiene 21 metros de altura y su construcción se debe a la iniciativa del sacerdote salesiano uruguayo don Luis Salaberry y a la generosidad de don Francisco Campos. Fue inaugurado el 5 de marzo de 1944.

En estas mismas aguas en que ahora el transporte se desliza quedamente, surcaron en lejano tiempo las canoas de los pesheri, una unidad étnica nómade cuya existencia sólo conocemos a través de los relatos del hidrógrafo Fitz Roy, que con ellos alternó a los comienzos del siglo pasado, cuando ya estaban en el fin de su existencia. Lo mismo acontece con otro grupo étnico, los guemul, que vivían en el seno Skyring.

De esas razas canoeras y nómades, que otrora poblaron el Estrecho, sólo queda actualmente nada más que un escaso grupo, los alacalufes de Puerto Edén. Los yámanas, mal llamados yahaganes, de quienes también nos ocuparemos, no vivieron en esta región magallánica, sino en el extremo sur de la fueguina.

Otro recuerdo nos viene a la memoria en estos instantes en que el paisaje y la luz cada vez más tenue, parecen coordinarse con el pasado para traer entre esas brumas de los años, recuerdos.

Añoranzas de otras horas que esos árboles y esas rocas sintieron.

Estamos pasando frente al lugar donde estuvo aquella ciudad que se llamó “El Nombre de Jesús”, luego, apenas, distinguimos la desembocadura del río San Juan y más allá el arroyo del Valle, allí estuvo la ciudad tumba, Rey Felipe, a la Cavendish, “candish” que almibarados llamaban los ingleses el “pirata”, denominó con razón y sin ella Puerto del Hambre, Port Famine.

Y decimos sin razón, porque de sus mismas aguas he visto sacar y he saboreado tantas y tan sabrosas centollas, “kamelij”, las llaman los onas, que hemos llegado a pensar, que esto del nombre de Puerto del Hambre, es simplemente una paradoja.

Más allá, arriba está el Fuerte Bulnes y cuando tratamos de ubicarlo otro recuerdo salta a la memoria, un recuerdo que está allí cerca, casi en la orilla. Va quedando a babor.

El epitafio lo materializa. Es un epitafio renovado en una tumba vieja. Un epitafio que recuerda en su inscripción la memoria del capitán Pringle Stokes, de la Real Marina Británica, comandante del *Beagle*, en el que más tarde le sucediera Fitz Roy e hiciera célebre al naturalista Charles Robert Darwin.

Este capitán Stokes, por aquí largó sus amarras con la vida cortándolas de un pistoletazo en las sienes.

Félix Riesenberg, ese viejo naviero escritor, ha dicho contando su historia: “El capitán Stokes era un oficial distinguido de la marina post-nelsoniana, uno de aquellos miles de hombres valientes y abnegados cuyas vidas se guardan en los oscuros archivos del Almirantazgo”.

“A lo largo de esos dos años había dirigido su buque contra vientos hostiles, compartiendo todas las adversidades con sus hombres y sin ceder un instante en su vigilancia. El escorbuto había atacado a los oficiales y a la tripulación quebrantando su moral. El buque necesitaba un período de descanso...”. “El 1° de agosto cuando el buque se aproximaba, en un instante de profundo desaliento, el capitán Stokes se mató de un tiro”⁴⁰.

“Esa... Esta atmósfera sombría, pero maravillosa y magníficamente sombría de los canales magallánicos, le habían ganado... y para siempre”.

Ahí se quedó.

En este momento que pasa de emocionada evocación en que estamos en el castillo, junto al escoben, tratando de fijar, grabar en la mente la visión de las cosas en esta memoria de fantasmas, contemplamos a un petrel de las tormentas que pasa volando desde tierra y hacia el mar. Es el petrel silencioso, el que no grita, el que no pelea, el que es señor de señores en el mar, a pesar de sus exiguas dimensiones.

Surge en la mente entonces, una vieja tradición escandinava, una de esas encantadoras leyendas del mar que vienen del tiempo de los vikings, tradición que un día y hace años, me contara un marino, sueco, antiguo canalero que sabía poner sentido amor en nuestros fiordos de su tierra. Ese petrel, nos dijo entonces, que aparece en los días nebulosos y en los atardeceres, ese petrel que no grita ni pelea, ese petrel que todos los demás petreles suelen respetar, el petrel de las tormentas, es “el alma del perdido capitán”, el alma de todos los capitanes que

⁴⁰ Riesenberg (1946).

han surcado todas las aguas del mundo.

“No es un pájaro, subraya... Es un alma”.

El alma del perdido capitán.

Suena la campana de abordó. El sonido metálico llama.

El paisaje impone. Los recuerdos imponen. Todo lo que fue o será ha llegado a su fin. Estos hombres, estos fantasmas es todo lo que queda. Ha perecido la despreciable escoria de la tierra. Sólo sobreviven los recuerdos de nobleza, sufrimiento y fe, en un mundo sin término. Amén.



QUINTA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Jueves, 8 Mayo 1947, p. 3

Y siempre con rumbo al sur, una mañana nos encontramos navegando por el Canal Magdalena⁴¹, adentrándonos en el corazón de la Tierra del Fuego, aquella cuyos fogones causaron tan extraña impresión en Hernando de Magallanes.

En su comienzo nadie creería, dada la anchura, que habíamos salido del Estrecho y sólo es, a varias millas de navegación, cuando, después de montar el cabo San Isidro, el santo de las lluvias y por ende, de los meteorólogos, que nos damos cuenta efectiva de la realidad del canal y que ya el Estrecho se va quedando en la popa.

Hemos pasado a la cuadra de la isla Dawson⁴², que tiene cumbres nevadas y enfilamos la punta Ansiosa que parece una baliza colocada al este para mostrarnos una lengüeta de la isla Grande de Tierra del Fuego.

A estribor aparece la isla Capitán Aracena, así denominada en homenaje a la magnífica hazaña del aviador Diego Aracena en el recordado raid Santiago-Río de Janeiro, en 1922.

Estamos a la sombra de un monte imponente, el Vernal⁴³, así llamado por ese

⁴¹ El canal Magdalena es ancho y limpio, fue descubierto por Sarmiento de Gamboa el 11 de febrero de 1580. Su situación es 54° 20' de latitud y 71° de longitud.

⁴² La isla Dawson tiene 1.932 kilómetros cuadrados de superficie.

⁴³ La situación del monte Vernal es 54° 03' de latitud y 71° 02' de longitud.

magnífico navegante, el “Caballero de Galicia” Pedro Sarmiento de Gamboa, que tanto hurgueteara por estas tierras y que tanto ansiara volver a ellas, porque había comido calafate, que murió desvariando en un camastro de un mesón de los caminos a Castilla, en místico diálogo con las estrellas de la Cruz del Sur.

Este monte Vernal, que tiene la forma de una media naranja, aun cuando Fitz Roy lo llamó “sugarloaf”, porque le pareció un pan de azúcar, dicen que luce en su cumbre una roca que tiene forma de cara. Nosotros no la vimos.

La visibilidad se ha ido perdiendo. La niebla es cada vez más cerrada. Hay que “esperar tiempo”. Teniendo al Vernal, que presentimos, pero que no vemos, por la aleta de estribor y enfilando al Boquerón⁴⁴, fondeamos en bahía Morris, puerto Scholl⁴⁵.

Hay una soledad extraña y brumosa. La cadena del ancla comienza a chirriar en las escobenes. Cae un “pañó”, luego otro y otro. Bien podría decirse que el fondo está insaciable de cadena.

Las aguas están quietas. Espejeantes. Al atardecer la bruna comienza a desvanecerse. De obscura se va poniendo gris, de un gris que súbitamente se va encaneciendo. De pronto toda esa bruma, cuyo último tono es dorado, se disuelve. Una franja clara, indefinible, aparece en lo alto. Es el sol que barre la bruma. Es un momento magnífico.

Ese soberbio rayo de sol nos ha dado una impresión, que tiene todos los caracteres de una impresión inicial, primitiva, original en la más estricta acepción. No la podemos describir. Sería imposible traducirla en palabras.

Ahora comprendemos, recordando ese escenario de altas montañas escarpadas que cerraban todo horizonte, de esa angustia que apareja la bruma y de ese milagro de la súbita claridad que trae un rayo de sol, el hondo factor emocional que hizo que las mentes primitivas le rindieran culto religioso.

Un día se nos ocurrió pensar, tal vez, influenciados por una película de cine, que

⁴⁴ El monte Boquerón tiene 914 metros de elevación y está situado en los 54° 15' de latitud y 71° 05' de longitud.

⁴⁵ Puerto Sholl, situado en los 54° 08' de latitud y 71° 20' de longitud, lleva el nombre del teniente del *Beagle* Roberto H. Sholl, muerto durante la campaña hidrográfica de 1829.

la más apropiada introducción a nuestra primera lección anual en cátedra de geología esa lección en que hablando de las edades del mundo, hay que describir los momentos iniciales, era hacer sentir esa evocación de Stravinsky "Sacre du Printemp", esa magnífica sinfonía expresionista, que imbuye la mente en el esfuerzo y en el dolor de la creación penosa e irresistible de la tierra.

Esto se complementaba en ese instante en que vivíamos con esa sinfonía óptica, sinfonía de luces y de colores que daban la ilusión del momento del caos, del instante de gestación de la madre tierra, del dominio de los elementos, del nacimiento de las formas, engendradas y nacidas de la Nada.

Acabábamos de sentir la misma emoción que con la sinfonía musical de Stravinsky, al percibir esta otra sinfonía de luces que la naturaleza nos regalaba, en el más fantástico e impresionante escenario. En un verdadero escenario original.

Teníamos enfrente al Boquerón, de bien sus novecientos metros de elevación, en cuya cumbre, tres picos pequeños parecen jugar a los destellos con el sol.

En la costa, muy cercana, una escollera cubierta de algas, que la denuncian y, por consiguiente, la abalizan, sirve de pedestal a un pato yeco (*Phalacrocorax olivaceus hortensis*), que por ahí llaman también pato del diablo y que los onas llaman "keugeur" y digo este nombre porque estamos en tierras que fueron de onas. El yeco nos observa con una marcada y ansiosa curiosidad. Seguramente se está secando. Las aves de este género carecen de las glándulas uropigiales, que tienen los patos y que permiten impermeabilizar las plumas y esto los obliga a sacudirse y secarse al viento y al sol. Estos temblorosos sacudimientos, son los que han determinado que el indio primero y, luego el pueblo llaman liles⁴⁶ a los cormoranes, que impropriamente y por confusa extensión ha dado también en denominar patos, con los que guardan solamente dos afinidades, la de nadar y la de vivir en el agua.

La escollera tiene algas. Vemos claramente la especie harto conocida y no por

⁴⁶ Lile es un vocablo de origen mapuche que quiere decir tembleque. También tiene la acepción de peñasco o risco, según el antiguo diccionario del padre Febres.

conocida menos sabrosa, el cochayuyo⁴⁷, *Durvillaea antarctica*, de Chamizo, el naturalista poeta.

No pudimos menos que recordarnos de aquel poeta que en los comienzos del siglo pasado andaba matriculado en una aventura muy semejante a la nuestra, pero harto más incómoda, pues el *Rurick*, comandante Kotzebue, era muy poca cosa al lado de nuestro *Angamos*. No faltó la reflexión acordándonos del cochayuyo y su descubridor científico de que eran todavía los tiempos en que los poetas se ocupaban de cosas sabrosas.

Y había en esas aguas, verdadero jardín marino, otras algas, la *Spongomorpha arcta*, una cladoforácea, que, como tal, es alga filamentosa, el *Scytosiphon lomentaria* y una especie de *Scytothammus*, que prestaban frondosidad a las aguas.

Pero en todo este conjunto vegetal había dos algas que sobresalían en importancia, una de ellas la que los botánicos llaman *Ectocarpus confervoides* de color parduzco y muy ramosa de ramillas muy finas y lineales cuya reacción a la luz, o sea el llamado fenómeno de fototactismo tiene diversas graduaciones, lo que es raro. Si la luminosidad es poca, lo común en esa región, el fototactismo, en mejores términos, el heliotropismo, es positivo. Si la luminosidad es transversal, está a media agua, o sea es un fototactismo medio, pero si la radiación solar es intensa, el fototactismo es negativo, el alga se hunde. A esto se agrega la formalidad de su reproducción. Lo hace por huevecillos, éste es, con permiso de los botánicos, el término más claro. Esta alga tiene esporangios femeninos y masculinos diferenciados y los tallos son monoicos y dioicos. Los gametos masculinos están fijos hasta que llega uno femenino que se fusiona, fecundándolo, y se origina así un huevo que sólo tiene un núcleo y dos cromatóforos, es decir, hay fusión con reducción cromática, típica de la reproducción sexual. En otras palabras, toda una tragedia biológica en un alga al parecer sin importancia.

La otra alga que anda flotando por estas aguas es el *Macrocystis pyrifera*, el alga de mayor tamaño que se conoce y de la cual ya nos ocuparemos más tarde.

Desde la ribera, como a un “rendez-vous”, vienen nadando tres pingüinos. Per-

⁴⁷ Cochayuyo es un vocablo de origen kichwa que quiere decir legumbre de mar.

tenecen a la especie típica de los canales fueguinos, la que los ornitólogos han dado en llamar *Spheniscus magellanicus*, que se distingue, entre otras cosas y “grosso modo”, del pingüino de nuestro litoral (*Spheniscus humboldti*), que acostumbramos a llamar “patranca”, por la faja negra que tiene en el cuello a modo de corbata.

Ya que hablamos de pingüinos conviene mencionar aquí que este nombre que usamos con tanta frecuencia es un galicismo. El término o vocablo castellano que denomina a estas aves es el de pájaro bobo o pájaro niño. Y esto de bobo sólo es un ligerísimo adjetivo, porque no son tanto como lo parecen.

Nuestro pequeño grupo de pingüinos nada rondando el *Angamos* y luego se aleja por la proa con una tranquilidad y una indiferencia que asombra.

No en balde ya estamos en una región en que el hombre no es un enemigo implacable para la naturaleza.

Un grupo de gaviotas de cabeza gris (*Larus maculipennis*) ha venido con sus evoluciones en torno al barco a dar movimiento a este delicioso paisaje. Los onas llaman “cay” a esta especie.

El bosque es siempre tupido, apretado. Llega hasta el agua. En algunas partes aparece afeitado, nivelado por el viento.

Hay canelos y ñirres, que por aquí llaman anís (*Nothofagus antarctica*), la lenga (*Nothofagus pumilio*), o roble colocado. Estos dos últimos de hojas caedizas, mientras el segundo (*Nothofagus betuloides*), que el indio llama “ouchpaya” es de hojas persistentes. Este último lo llaman guindo porque sí, pues muy poco se parece al árbol que legítimamente lleva este nombre. Hay una especie de maitén que los magallánicos llaman leña dura (*Maytenus magellanica*), un arbusto de flores solitarias en las axilas de las hojas.

Y hay pequeños tepuales, formados por el tepú (*Tepualia stipularis*), con madera que desafía a las hachas de acero y en matorrales tan espesos que son impenetrables. No falta tampoco el saúco del diablo (*Pseudopanax laetevirens*) que usan como sudorífico y que hacen verdaderamente sudar si uno quiere sacarse el olor que dejan las hojas en las manos. Esta planta tiene la rara y extraña propiedad de

ser un árbol trepador y una falsa epífita⁴⁸. En el suelo húmedo hay todo un mundo de musgos, entre los que sobresalen especies del género *Ulota*. Y no falta en esos terrenos el *Blechnun magellanicum*, un helecho hermoso de ancho tronco y de hermosas hojas. Aquí he notado que no alcanza a la altura y al desarrollo con que lo conocimos en los bosques del archipiélago de los Chonos.

El día se despide con toda una paleta de fulgores, que enciende el sol, que ya se esconde tras el Boquerón. En compensación con la niebla densa del comienzo de la tarde parece que ahora quiere regalarnos con toda una fiesta de colores. Primero es una gama de amarillos que pronto llega hasta el color naranja y en este límite asciende por la escala del rojo hasta el rojo punzó. Desde este tono continúa luego al morado, en toda una serie de tonos cada vez más subidos hasta que estos desaparecen en una nueva serie sucesiva de azules que paulatinamente, ahora, la transición cromática se hace más lenta, se van tornando grises y es un gris azulado de pizarra el que se queda fijo al fin que conservamos durante toda esa fría y húmeda noche en los canales fueguinos. Noche corta porque el sol vuelve luego en esas latitudes y en esta estación.

En la mañana siguiente, temprano, cuando salimos a cubierta, el transporte ya está navegando.

Entre las brumas que recién se levantan apenas presentimos la entrada al fiordo Negri, que se queda por la aleta de babor.

Alguien me llama la atención en ese momento hacia el monte Sarmiento, que se nos presenta igualmente por babor. Constituye con sus 2.200 metros la más notable y hermosa montaña de la Tierra del Fuego. Rara vez se divisa su cumbre y para nosotros no hizo excepción.

Esta montaña, que Darwin llamó “el más sublime espectáculo de la Tierra del Fuego” y que el famoso alpinista Sir Martin Conway que no logró escalarlo en 1898, calificó como “visión mágica y terrorífica”, fue dominada hasta su cumbre por el sabio explorador salesiano Rev. Alberto de Agostini el 22 de enero de 1913.

⁴⁸ Plantas epífíticas son aquellas parásitas que viven sobre otra planta.

Enfilamos el cabo Turn⁴⁹ que luego lo tornamos para entrar en el canal Cockburn⁵⁰ que corre entre la ribera sur de la isla Clarence y la costa norte de la península Brecknock. Tenemos a babor el cerro Pirámide, de forma perfectamente regular, lo que es notable y de más de setecientos metros de elevación.

A estribor queda la isla Diego, y luego por babor, distinguimos a la isla King y a la Fitz Roy, que recuerdan los nombres de los dos más esforzados hidrógrafos de los canales fueguinos. Sus altos y desnudos acantilados son imponentes.

En esta parte del canal los escarceos son fuertes.

La vegetación de las riberas continúa todavía igual. El bosque achaparrado por el viento que da a los árboles y arbustos formas en extremo caprichosas. A veces semejan podas rasantes que admiran por su perfección.

A largos trechos hay trozos de vegetación muerta. No son árboles quemados, son sencillamente muertos. Muertos que alzan sus brazos secos hacia el cielo. Un paisaje patético. Verdaderos cementerios de árboles.

¿La causa? Valdría la pena examinar con cuidado este curioso fenómeno y sobre todo su proceso, que, a juzgar por lo que se logra distinguir a la distancia, a través de los prismáticos, parece tener varias etapas.

En esos cementerios de árboles se mantiene, sin embargo, la vida. Los Líquenes prosperan.

Dejamos al través a Puerto Barrow⁵¹ con sus dos hermosas cascadas y la proa se enfila a las llamadas “Tetas de Calderón”, con sus morros ampulosos, en la Enderby⁵².

Un viejo conocido hace su aparición nadando muy orondo por el canal. La pri-

⁴⁹ El cabo Turn se proyecta en la conjunción de los canales Magdalena y Cockburn desde el extremo S. E. de la isla Clarence. Es muy escarpado y presenta un pequeño mogote redondo.

⁵⁰ El canal Cockburn está situado en los 54° 30' de latitud y 72° de longitud.

⁵¹ Puerto Barrow también tiene el nombre de Puerto Villarino.

⁵² La isla Enderby tiene 11 kilómetros cuadrados y se encuentra en la conjunción de los canales Cockburn y Bárbara.

mera impresión que tuvimos fue la de que andaba perdido, pero realmente no lo está. Es casi siempre un solitario.

Se trataba de un pato tripoca también llamado pato rana (*Erismatura ferruginea*), que los onas llaman “kenetekat”. Cuando se da cuenta de la presencia del barco sumerge el cuerpo y sólo deja el cuello alzado, mirando curiosamente como un emergido periscopio. Es este pato de la misma especie de los que en nuestros pajonales suele gritar como rana. Lo vemos, luego, perderse en la sombra de una roca y lo despedimos mentalmente como un viejo amigo cuya figura nos es familiar.

Por babor, en la península Brecknock la costa se presenta recortada por una serie de Senos, de ellos es el seno Bluff, al que sigue el Brujo y luego el llamado Chasco.

Las aguas del Cockburn comienzan a inquietarse y pierden la tranquila placidez que antes tenían. Nos estamos acercando al famoso paso Brecknock con sus altos acantilados.

Por allí vamos a salir al océano Pacífico, vamos a hacer una asomada para volver nuevamente a meternos en otros canales.

Todo el paisaje se vuelve inquietante. Luces y colores sombríos, rocas oscuras, olas arboladas. Hay viento.

El monte Brecknock se proyecta aislado con sus imponentes setecientos metros de elevación que parecen más altos porque les falta perspectiva. Esa masa de diorita, que por su fuerte descomposición tiene un aspecto oscuro, parece que se nos echa encima.

Un pato yunco (*Pelecanoides magellani*) parece compartir el impresionante espectáculo y pasa volando para desaparecer de escena tan rápidamente como llegó. Estos patos yuncos son los falsos pelícanos. Lo parecen y no lo son. Tampoco son patos.

Nos sacudimos cada vez más. El balance va en aumento. Escoramos y adrizamos rápidamente.

Una mano firme y un buen ojo marinero están en el puente y esta suerte difícil se salva felizmente.

Las aguas se van tranquilizando.

Las furias del este y las furias del oeste⁵³ son ahora un plácido recuerdo. Muchos son los episodios que de ellas se cuentan, en que fueron parte y en que fueron mudos testigos.

También quedó atrás la isla Negra, que parece una torre de piedra y altísima como un obelisco.

⁵³ Las furias orientales y occidentales forman un grupo de islotes y peñones poblados de lobos marinos y azotados por todos los vientos que los convierten en un trecho sumamente peligroso.



SEXTA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Viernes, 9 Mayo 1947, pp. 3-4

Entramos en el canal Ballenero.

Este canal Ballenero, también tiene sucesos que evocar.

Sus aguas y hasta fines del siglo pasado, eran navegadas por unos indios canoeros y quien dice canoeros dice nómades, que constituía una unidad étnica con características propias y definidas. Eran los aonikenk, que por allá por 1882, todavía vivían y fueron estudiados, durante la expedición italiana del teniente Bove, por mi buen amigo, Carlos Spegazzini. De ellos no nos queda más que el recuerdo. El relato de quienes los conocieron y estudiaron. Desaparecieron siguiendo la misma e inexorable suerte de otros pueblos.

Es la ley del destino.

Terminaron su cometido. Otros grupos humanos también, semejantes en su etapa cultural, han seguido y están siguiendo el mismo camino.

No hay nada que pueda evitar esta situación. Sólo nos resta a nosotros ayudarlos a bien morir. Frente a todos los sentimentalismos que surgen frente a situaciones iguales, los alacalufes, onas y yámanas, hay que hacerse esta reflexión, reflexión que he repetido varias veces. El indio terminó su cometido, el día que por tierra americana cruzó el primer acero templado. Ese día la cultura primitiva, estaba fatalmente condenada a desaparecer por extinción o por amalgamación. Y los que no podían amalgamarse, han tenido fatalmente que desaparecer.

Un escultor americano, James Earle Fraser, en un grupo escultórico admirable, perpetuó una situación igual. El piel roja que se extingue allá en los Estados Unidos, allá donde se le estima y se le quiere con pasmosa admiración. “The end of the trail”, el fin del camino, se llama esta expresiva escultura que muestra a un indio sioux, montado en escuálido caballo, en actitud cansada, con gesto melancólico, absoluto agotamiento, que arrastra la lanza, temible en otro tiempo.

Nuestros fueguinos, con sus canoas primitivas llenas de desesperanzas, se merecen también su escultor.

El artista que inmortalice en forma plástica a esas razas primitivas tendrá que hacer vivir el heroísmo y, en consecuencia, perdurable, deberá recargar el tono haciendo sentir la agonía y agonía es lucha, la lucha de esos hombres que durante siglos sin cuenta en un desamparado y hostil ambiente supieron luchar contra todos los elementos desatados y que ahora cayeron livianamente en cuanto tomaron contacto con los hombres, hombres también como ellos, pero que eran y deben ser civilizados.

El canal Balleneros, que las cartas inglesas llaman Whaleboat sound, tiene justificado su nombre con un episodio de los tiempos de Fitz Roy.

Durante las exploraciones hidrográficas, los indios cuyo sentido de propiedad no deja de ser relativo, le robaron la ballenera, en la que hacía los sondajes el piloto del *Beagle*, master Mateo Murray, el mismo cuyo nombre se recuerda en un canal descubierto por él, cercano a la isla Navarino. La ballenera debe haber sido muy buena, pues Fitz Roy dice, refiriéndose a ella: “Murray no podía contar con un bote mejor, pues era una ballenera construida por Mr. May, carpintero del *Beagle*”. Seguramente el “carpintas”⁵⁴ del *Beagle* era un célebre carpintero.

Este episodio cobra valor en la explicación dada por el piloto Murray al capitán Fitz Roy, hombre de quien dice la historia “se arbolaba”, con facilidad extrema.

“¡Presente señor! Lamento informaros que nuestra ballenera ha sido robada por una banda de salvajes que aparecieron repentinamente. No había divisado a nin-

⁵⁴ Término cariñoso y familiar que se da a bordo a los carpinteros.

gundo antes, y supuse que la costa estaba deshabitada. El bote estaba bien asegurado por lo demás, y se lo llevaron en la noche”.

La persecución de la ballenera en poder de los yámanas, trajo cola y cola de trascendencia. Los rehenes tomados en represalia fueron Fuegia Basket⁵⁵, York Minsster y Boat Memory, que Fitz Roy se llevó a Inglaterra con el propósito de civilizarlos y que de regreso a su tierra natal, volvieron al estado salvaje⁵⁶.

Desde el canal Ballenero “caemos” para tomar el canal O’Brien, que también se llama canal Francés, que muestra sus aguas de un verde intenso.

Hasta hace pocos momentos, era el mar el que nos hacía las olas, ahora, en estas aguas tranquilas, quietas, tersas, somos nosotros, el *Angamos*, los que hacemos las olas.

Hemos dejado atrás, por la aleta de estribor, el cerro Puntigudo, en la isla Stewart, con sus buenos setecientos metros y la isla Londonderry, nos muestra su cerro Pelux, que hace pareja con el cerro Fantasma, que distinguimos por babor en la isla O’Brien.

El paisaje es ahora desolador y triste. Una inmensa sabana de nieve todo lo cubre. Sin embargo... es sencillamente grandioso.

Un grupo de gaviotas, las de siempre, las de cabeza gris, viene a prestarnos su escolta alada. Al principio parece que buscan algo, tal vez desperdicios del barco, y como no los encuentran, se cansan. No me parece exacto decir se desilusionan, porque, ¿tendrán ilusiones los pájaros?.

Una se va, la primera, un instante después, las demás la siguen hacia la costa.

Por aquí también hay una caleta que es memorable en la historia naval moderna. Está junto a la llamada Tierra de Guillermo, que son unos islotes altos. Es

⁵⁵ Y la llamaron Fuegia Basket, o sea canasta en recuerdo de la canasta en que tuvo que embarcarse el buen piloto Murray para volver a bordo del *Beagle*.

⁵⁶ Estos salvajes yámanas fueron colocados por Fitz Roy en un colegio de la Iglesia de Sociedades Misionales en Walthamstow y fueron recibidos en el palacio de St. James por Su Majestad Guillermo IV y la Reina Adelaida regaló a Fuegia Basket, uno de sus anillos y un sombrero de su guardarropía.

una escondida caleta, cuyo canal de entrada apenas divisamos. Son muchos los actores que de este episodio naval quedan y más de uno es nuestro amigo. En esa caleta se refugió el crucero alemán *Dresden*, después del combate naval de Las Malvinas, en diciembre de 1914. Allí sorteó, burló y jugó a las escondidas con la escuadra del almirante inglés Sturdee que lo perseguía con saña y digámoslo también, infructuosamente... hasta el fin en Juan Fernández.

Hasta ahora hemos estado hablando de pájaros. Estas aguas que vamos surcando lentamente, tienen también peces y entre ellos abundan especies sabrosas.

De ellos se alimentan los yaganes o yámanas, como es más propicio llamarlos. Y estamos en aguas de yámanas.

Por aquí abunda el robalo (*Eleginops maclovinus*), tanto que hay una punta y un puerto que lleva este nombre en la isla Navarino. Lo pescan en los fondos de piedra y le dan el muy extraño nombre de "hiamouch".

Temporariamente aparece la pescada, que nosotros, por una pulida influencia hemos dado en llamar merluza, creyendo tal vez que con ese nombre se puede hacer más sabrosa de lo que es y menos vulgar. No hay duda de que desde que así se llama la pagamos más cara; esta especie es muy semejante a la nuestra, aun cuando no la misma (*Merluccius hubbsi*). Sólo algunos detalles morfológicos permiten diferenciarla y ellos son tan pequeños que sólo un especialista puede distinguir.

La coginova o hachita (*Serirolella porosa*) de nuestros litorales, de carne roja y aceitosa, no por eso menos apetitosa, vive aquí en los fondos de arena y de pedreguilla y la llaman "lasarch" y "lacarch", nombre difícil de interpretar fonéticamente.

Otro pez, de muy sabrosa condición, si se sabe preparar y que vive en nuestro litoral, se encuentra también en estas aguas frías. Se trata de la vieja (*Notothenia cornucola*), de carne blanca y aceitosa que aquí llaman "oumoch", y que mero-dean en pequeños cardúmenes, entre algas y en los fondos de piedra. Una especie semejante, de iguales costumbres y características (*Notothenia sima*), aparece temporariamente viniendo del océano y los yámanas la llaman "ouchpunaya".

En estos canales fueguinos aparecen dos especies de sardinas (*Clupea fuegensis* y *Clupea arcuata*). Igualmente hay dos especies de pejerreyes, ambas de gran tamaño (*Austromenidia smithi* y *Austromenidia nigricans*).

De los peces planos hay una abundancia en los fondos. Existen seis especies distintas de rayas, todas de carnes blancas, blancas rosadas y sabrosas. Una especie de lenguado también no menos apetecible.

El cazón de nuestro litoral o tolo de cachos (*Squalus fermandinus*) también vive y merodea en estas aguas en pequeños grupos y los indios lo llaman “kaiss”.

Abundan otros peces, uno de ellos es el pez aguja (*Leptonotus blainvillanus*), con la alargada forma que le es característica y le presta extraña curiosidad. Su nombre fueguino no deja de ser complicado. “Haouch appour’h”. Acontece con esta especie lo mismo que ya hemos observado en nuestros litorales, vive en convivencia con la pinta roja (*Scylliorhinus chilensis*), un pequeño selacio de costumbres gregarias que es ovovivíparo y que aquí llaman “kayachaya”. Ambas especies merodean en los escollos entre las algas que las cubren y en un ambiente que no deja de ser alimenticio.

El peje chancho o chanchito (*Congiopodus peruvianus*), de tan caprichosa y estilizada forma, que lo convierten, por lo extraña, en un verdadero pez de adorno, vive también en estos canales. Nada entre las algas y se alimenta de pequeños crustáceos, principalmente de copépodos y estomatópodos.

Hay también un ciclóstomo, la anguila (*Myxine affinis*), pez que los yámanas llaman sencillamente “choutaouelik”. No hay duda de que el nombre resulta un tanto extraño en relación con lo escurridizo del pez.

Otros peces se encuentran también en estas aguas frías, pero sólo enumeraremos tres, el llamado tsatakí (*Champscephalus esox*), el yakouroum (*Cottoperca gobio*) y el aayakich (*Agonopsis chiloensis*).



SÉPTIMA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Sábado, 10 Mayo 1947, p. 3

Por el paso Timbales entramos en el canal Beagle⁵⁷, navegando por el llamado paso del Oeste.

En el fondo se enfila el gran pico Elevado, de casi mil metros de elevación, que está enclavado en la parte sur de la isla Grande de Tierra del Fuego.

Entramos en el seno Darwin.

La gran isla Gordon, como una cuña enclavada en el centro del canal, abriéndolo en dos brazos, nos recibe. Tomamos el paso del Noroeste. A estribor va quedando el pico Huemul, que se recorta airosamente en el cielo. La isla Chair, que debe su nombre a la forma de silla que tiene su cumbre, no muy alta.

El paisaje es distinto ahora.

Predominan las cumbres y la nieve llega corrientemente hasta menos de la mitad de los acantilados que caen verticalmente al mar.

La vegetación escasea aun cuando hasta el mismo pie de los ventisqueros se ven verdear manchones boscosos. No falta el canelo o vogue, ni el lenga, el coigüe y el ñirre. Y muchos de éstos muestran sus troncos o ramas retorcidas, llenas de

⁵⁷ El canal Beagle está situado en los 54° 55' de latitud sur y 67° 40' de longitud. Su nombre indígena es "onashaga".

nudosidades, formadas por verdaderos tumores vegetales, que ya se comienzan a aprovechar industrialmente⁵⁸.

Hemos cambiado de escenario.

El monte Darwin con sus dos mil ciento treinta y cuatro metros domina el paisaje. Cercano está el monte Francés, un poquito más alto.

Toda esta zona está integrada por diversos tipos de rocas magmáticas granitoides, entre las cuales predominan las dioritas cuarcíferas, que forman un solo cuerpo intrusivo y que constituyen la continuación directa del gran batolito o serie de batolitos de la zona occidental de la cordillera patagónica.

Estamos en la región de los ventisqueros.

Estos se desprenden de una cadena de montañas que son como una especie de espinazo de la Tierra del Fuego y que se extienden por cien kilómetros, desde el fiordo Contralmirante Martínez, en el norte, hasta el valle de Yendegaia, donde terminan con el monte Bove.

Un campo de hielo cubre las altas cuencas y envuelve las lomas y sube hasta las cumbres para bajar a la profundidad de los valles.

De ahí se desprenden los ventisqueros, que son, por su naturaleza, únicos en el mundo. En ninguna parte existen, salvo en esta región chilena, ventisqueros que lleguen al mar con sus imponentes frentes que desprenden témpanos al igual que las regiones polares.

Y esto acontece también en la Patagonia chilena, donde tenemos más de 800 kilómetros de longitud por 40 kilómetros de ancho cubiertos de hielo.

No hay duda que todo este paisaje es una preparación para el paisaje que iremos a ver más tarde.

El primer ventisquero que vemos es el llamado Oblicuo, en virtud de lo retorcido de su curso, característica que sirvió al comandante francés Martial para bautizarlo en 1883.

⁵⁸ Hemos visto en Punta Arenas vender muchos artículos artísticos, “souvenir” de Magallanes, tallados aprovechando estos nudos.

Luego aparece, siempre a babor, el ventisquero Romanche, que lleva el nombre del buque hidrógrafo francés que exploró esta región desde 1883 al 1884. Es tal vez, en nuestra opinión, el ventisquero más hermoso del mundo. Hemos visto muchos, sobre todo en la región antártica. Ninguno es tan imponente. La enorme masa de hielo se descarga, desde gran altura, mostrando en parte que la contiene y se precipita en forma de una inmensa cascada helada.

El canal Beagle se ha ido angostando. Las murallas que lo contienen son cada vez más altas. Tenemos la impresión de navegar por un cajón.

Y toda la atención se ha concentrado a babor.

Nos miramos a estribor.

Se ven valor algunos pájaros, pero no les prestamos atención. Estos ríos de hielo, que más tarde nos van a cansar, atraen todo nuestro interés.

Muy cerca del glaciar Romanche aparece el glaciar Roncagli, que lleva el nombre de uno de los oficiales de la expedición italiana del teniente Santiago Bove.

Viene este ventisquero como escalonado, serpenteando entre las sinuosidades de la montaña y recibiendo el caudal de hielo de otros brazos más pequeños. Lo interesante es que la morrena frontal y los bordes mismos al nivel del mar ya tienen vegetación. Unos cuantos árboles de ñirre le hacen pelea al hielo y crecen en sus justos límites.

Y esto es más que un símbolo. El bosque quiere crear su avanzada en los lugares que el hielo ya va en retirada.

Esta es la ley de la naturaleza.

Cómo desconocemos nosotros el inmenso poder de la naturaleza verde. Nos parece impotente y pasiva y sin embargo, en esos instantes en que pasamos frente al ventisquero, esos débiles ñirres, que van ganando la batalla y la van ganando para nosotros, nos dan la impresión viva de una potencia singular.

Es la vida en lucha con la naturaleza. Y son los débiles los que luchan y los que fatalmente van triunfando en esta jornada contra el hielo.

Pronto aparece otro ventisquero. Es el Italia. Un caudaloso mar de hielo que vie-

ne de más de mil metros de altura y se va encajonando hasta descargarse en el mar. En el frente se ha formado un grueso “pack”⁵⁹.

A sus lados hay dos elevados picos, el Italia y el Francés, de más de 2.300 metros cada uno. En ambas termina la cordillera Darwin.

Queda todavía otro ventisquero, el Francés. Es también hermoso.

A cada cual más bello.

Miramos a estribor. Estamos enfrentando la isla del Diablo. La del diablo yámana.

Luego, con la punta Divide, se despide la isla Gordon. Vemos en ella, a través del binocular, magníficas pizarras que bien podrían ser de provecho.

El canal Beagle entra en otra de sus fases.

⁵⁹ Se llama “pack” a la masa de hielo flotante.



OCTAVA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Domingo, 11 Mayo 1947, p. 3

El canal Beagle entra en otra de sus fases.

Y esta nueva fase, después de punta Divide, es la fase difícil, “peliaguda”, dicen los argentinos. Estamos en la zona en disputa.

Seguimos mirando en la amura de babor. A la sombra de la cadena montañosa de Martial, aparece lejanamente Yendegaia⁶⁰.

Al oeste nos muestran una roca. Se llama Perón y dicen los derroteros que constituye un bajo peligroso. Nuestra impresión primera, fue que esto podía ser un chiste ocasional, pero luego nos demostraron gráfica y eruditamente que no era chiste, sino que simplemente era peligrosa.

Luego, nos muestran la situación de Lapataia⁶¹, que no se ve desde el canal y que tiene un pequeño caserío y un aserradero.

Por la cuadra de babor, dejamos a Ushuaia, una población argentina, famoso presidio, que está también recostada en los contrafuertes del Martial, cadena montañosa siempre cubierta de nieve, que lleva el nombre del comandante de la *Romanche*, el navío hidrográfico francés, que estuvo con una comisión científica

⁶⁰ Yendegaia está situada en los 52° 52' de latitud y 68° 45' de longitud, en territorio chileno. En sus cerros hay yacimientos de cobre.

⁶¹ Lapataia es un hermoso lugarejo al lado argentino.

estudiando el Paso de Venus, en 1882-1883.

Desde el puente vamos individualizando al monte Olivia, de 1.340 metros de elevación, agudo y aislado. Más al este, está la cumbre del Cinco Hermanos, de igual altura, luego un hermano menos, medio hermano tal vez, el monte Campana, de 959 metros.

Nos hemos ido a mirar en la banda de estribor.

Acabamos de dejar por la aleta, a la península Dumas, que es una prolongación de la isla Hoste, y que lleva el nombre del novelista francés, dado por Martial.

Sigue la isla Navarino, después el canal Murray.

Aquí tenemos ya a babor, costa argentina y a estribor, costa chilena.

A lo lejos se distingue la pequeña población de Navarino. La isla es montañosa en su centro, coronada por el pico del Navarino, con sus 1.200 metros de elevación. Un poco más al sur, está el monte Tortuga con sus 800 metros más o menos. La isla se extiende de oeste a este, en cuarenta y seis millas de largo. A pesar de estas alturas y de los bosques, tiene partes planas, bajas y lomas suaves en muchas partes que se prestan para el pastoreo de ovejas. Este nombre de Navarino, lo dio el capitán King, del *Adventure* en recuerdo del combate de ese nombre por la libertad de Grecia⁶².

Hemos visto volar un jote (*Cathartes aura* jota), que observamos con la satisfacción de encontrar a un viejo conocido. Aquí los onas lo llaman “cva-u-ishen” y tiene su historia en el folklore indígena. Cuando llegó a este país nuestro jote, tuvo que luchar con el cormorán o cuervo de mar y con un formidable golpe de mano, le rompió el espinazo, desde entonces el cormorán o cuervo de mar, pato yeco, pato lile, tantos nombres tiene, cuando está sentado, tiene el dorso bien derecho y dirigido hacia adelante. Mas el cormorán le dio vuelta de mano y como no era lerdo, con una mano lo tomó del cogote que se le dejó sin sangre, y con la otra le arrancó todas las plumas de la cabeza y se la dejó pelada y con arrugas.

⁶² La situación de Navarino es 55° 10' de latitud y 67° 30' de longitud. El nombre fue dado en recuerdo del combate de ese nombre el 20 de octubre de 1827, en ocasión de que el *Adventure* fondeó en esa rada al celebrarse el segundo aniversario.

Pasan también volando un grupo de avutardas (*Chloephaga hybrida hybrida*), que en la parte de Chiloé se llama cague y también caranca, pariente muy cercano de los gansos y que verdaderamente es un piuquén. Los onas lo llaman “joly”. Presenta un notable caso de limorfismo sexual, pues el macho es blanco, de pico negro, con una mancha amarilla en la base de las patas también amarillas, la hembra es de color pardo negro, con rayas blancas en los costados de la cabeza y del cuello, dominando un negro profundo en todo el cuerpo que también es listado: este fenómeno de almorfismo sexual, motivó el nombre latino de *hybrida*, dado a esta especie por el abate Molina⁶³. El nombre de avutarda con que se denomina en Magallanes y Tierra del Fuego, lo consideramos arbitrario. Los primeros navegantes españoles lo confundieron con el *Avis tarde* de Plinio, que es una zancuda fuerte y grande de Europa y no un ganso⁶⁴.

Este grupo en que abundaban los machos, volaba batiendo las alas continuamente formando un ángulo, cuyo vértice llevaba el sentido del avance. La altura debe haber sido de unos cuatro metros sobre el nivel del mar y que se elevó a unos veinte al acercarse al *Angamos*, con quien llevaba rumbo convergente hasta que lo cortaron por la proa. La velocidad del vuelo calculada con la referencia de la velocidad del buque, debe haber sido de unos ocho metros por segundo, un poco más de quince millas por hora.

En estas aguas se capturan también las sabrosas centollas (*Lithodes antarctica*) admirable crustáceo de horrido aspecto, pero singularmente apetitoso.

Constituye uno de esos platos que hacen digna de vivirse la vida.

⁶³ El abate Molina, que los talquinos dicen que es talquino, explicando el origen del nombre latino que dio a esta especie, dice: “In vista di tale diversità ho dato a questa specie l’epiteto d’hybris, o sia mulata, come proveniente da un bianco e da una negra”.

⁶⁴ Los primeros exploradores españoles y no españoles, encontraron estas aves en la región patagónica y fueguina, reunidas en inmensas bandadas, picoteando el pasto. Levantaban la cabeza para observar a los recién llegados, marchando con una desenvoltura no propia de los gansos, por lo cual debieron creer que eran aves de tierra firme que se alimentaban con los productos de la misma. Y de ahí que le aplicaron como nombre vulgar el que actualmente llevan, y que evoca para nosotros, la imagen de un ganso silvestre, más elegante, de colores más vivos y variados. Y sin embargo, la verdadera avutarda, no es un pato. Es una zancuda. Casos como este son muchos en nuestra fauna.

Los yaganes que llaman “pistauazinic”, no le tienen mucho aprecio, y ya en los tiempos de Darwin, quedaban admirados que les dieran un trozo de trapo de color por una veintena de centollas.

Viven en aguas hondas aisladas, y sólo se juntan en grupo en la época del celo, en que se acercan a las playas, época que es el mes de septiembre. Entonces viven en parejas unidas por sus largas patas. Parece que se dan cuenta que “pedir la mano” y obtenerla es conseguir lo demás. Pasada la luna de miel, vuelven a adoptar la vida solitaria.

En toda esta región guardan los cascarones de la centolla, para utilizarlos como higrómetros, pues hacen seria competencia a todos los “meteos”. Estos cascarones, colgados de un hilo se ponen rojos y rosados, como la linda cara de una niña yugoslava que conocimos en una estancia de la Fuegia, anuncian buen tiempo, pero si toman un color lila, gris, o ceniciento, el presagio es de nubes y de lluvias.

La formación geológica no deja de ser interesante en líneas generales. Todo este despedazamiento que se observa en este litoral chileno de la Tierra del Fuego. En su origen, todos estos innumerables canales, fiordos y ensenadas, no eran más que antiguos valles continentales formados por un complejo de agentes exógenos, o sea externos, en que el hielo o mejor dicho la erosión de los glaciales cuaternarios, es el más importante. Al disiparse la masa de hielo que los rellenaba, las aguas del mar invadieron por docenas de kilómetros los valles fueguinos, y causaron el paisaje en el cual vamos navegando ahora.

Y todo esto, está labrado en un complejo, en esta parte del canal Beagle, de rocas cristalinas y exquisitas metamórficas.

Sigue la ruta.

Estamos frente al océano Atlántico, en la salida del canal Beagle. A la cuadra de babor quedan las islas en disputa con Argentina. Un punto enconoso seguramente el único, en nuestros problemas de límites, y con el asunto de Antártica, que surge actualmente, el segundo de nuestros problemas internacionales.

Son las islas Picton, que tienen 89 kilómetros cuadrados de superficie baja y boscosa. Continúa la isla Lenox, que desde lejos se reconoce por sus dos cumbres

de cerca de quinientos metros cada una. Y sigue la isla Nueva, alta y boscosa, con una cumbre típica, el monte Orejas de Burro, cuyos dos picachos de bien sus trescientos metros cada uno, bien se parecen a las orejas de uno de esos burros “emburrados”, en palabras más suaves, pero menos exacta, enojados.

En rada Picton fondeamos ese atardecer.

Una pareja de patos vapor se apartan rápidamente hacia la costa. Nadan con velocidad aleteando. Los observamos cuidadosamente. Lleva su pata bien por encima del dorso después de cada remada, con la rodilla, en ángulo tibio-metatarsal, doblada en un ángulo aproximadamente de noventa grados.

En la mitología de los indios onas, que fueron los dueños de estos lugares, se cuenta el origen del pato vapor. Fue, dicen, una de las cinco mujeres que se salvaron en la gran batalla librada contra todas ellas. Quiso abrigar, durante el combate, a sus niños bajo los brazos extendidos, pero tuvo que huir y huyó con los brazos extendidos, transformándose en el pato vapor.

En la madrugada dejamos rada Picton para seguir por el paso Richmond, ganar el canal Gorce y meternos en la bahía Nassau, a fin de fondear en Wulaia, donde el transporte debía entregar unos materiales para la radio de la Armada.

Por babor vamos dejando la península Pasteur, la bahía Courcelle Seneuil, que lleva el nombre del famoso economista del siglo pasado, la isla Milne Edwards, el famoso zoólogo. Cada nombre traía a la mente un recuerdo. Ya no eran esos lugares andinos tan vulgares, el nombre castizo que les colocara el comandante Martial, en la expedición de la *Romanche*, les daba cierta personalidad a esas islas.

Mientras esperamos la lancha motor que se internó hacia la caleta, la draga de nuestro entusiasta compañero, el doctor Guillermo Mann trabaja sin descanso colectando materiales de la fauna de los canales fueguinos.

En esta zona se observa un fenómeno magnético interesante. Los compases “por causas locales desconocidas”, dice el derrotero, sufren perturbaciones notables, se ponen flojos y en consecuencia, sus movimientos se ponen muy lentos los que son causas de graves errores.

Al regresar la lancha de tierra, con su comisión cumplida, trae dos interesantes

trofeos zoológicos. Un par de culebras chilenas del género *Coronella*, que llegaron a Wulaia en unos fardos de pasto y la piel de un pingüino de penacho (*Eudyptes Chrysocome nigrivestis*) que los ingleses llaman rocky o rock harper. El penacho es amarillo.

Las culebras vivas, acondicionadas en una caja desaparecieron una noche y comenzaron a circular por el transporte, desde la cámara de popa. Seguramente se han ido a enroscar en algún rincón, o a lo mejor, como viajan de “pavo”, serán desembarcadas en la Antártica.

El buen amigo Hans Helfritz me trae de tierra unas piedras, que no dejan de ser interesantes. No se figuraba el amable compañero el problema que me traía. Se trata de unos trozos de roca, esquistos feldespáticos acompañados de microgranulitas. Son distintos de todos los demás esquistos feldespáticos que afloran en todo el canal Beagle. ¿Son productos metamórficos de manto porfírico? ¿Corresponden al techo del batolito magallánico? Son preguntas que esperan una respuesta.

En la tarde comenzamos a desandar lo andado.

Estamos en la última parte de la ruta fueguina.

Ahora el horizonte es amplio. Amplísimo.

Estamos en el Atlántico⁶⁵.

El *Angamos* comienza a cabecear.

Algunas islas se distinguen a lo lejos. Parecen sombras fugases. La noche cae lentamente.

Poco antes de la medianoche estamos a la cuadra del cabo de Hornos.

Bajamos a la cámara. Somos tres y hay tres vasos de vino servido. Era el rito de Omar al Khayyám⁶⁶.

⁶⁵ Nota de los editores: Seguramente se encontraban navegando en el mar de Drake.

⁶⁶ “Y pensad tiernamente en mí; y cuando os toque el turno de beber, acordaos de “Rubáiyát Omar al Khayyám”.

¡Por el almirante Drake!

Los brazos se extendieron tres veces y los vasos se estrecharon tres veces también.

¡Skaal! ¡Skaal! ¡Skaal!

Que su sombra tutelar nos proteja en la jornada, invocamos mentalmente.

Estábamos en el mar de Drake.



NOVENA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Lunes, 12 Mayo 1947, p. 3

Al mediar la tarde del 11 de febrero los primeros hielos de la región subantártica aparecieron a nuestra vista.

Una masa blanca, blanco azulado, flotando a la deriva se nos fue acercando en una forma que no por ser lenta dejaba de ser sorprendente.

Un iceberg.

El primero que veíamos. Era pequeño, insignificante para los muchos que más tarde tendríamos que encontrar. A buen seguro que si a la vuelta, como realmente aconteció con otro semejante, lo volveremos a encontrar con toda la intensidad de ese momento, lo que es imposible que suceda, ni siquiera lo vamos a mirar.

Pero ahora, en ese instante, era el primero y lo saludamos como a una avanzada de la tierra del hielo. Un emisario de la Antártica.

Se discute, su tamaño, su posible volumen, visible y sumergible. Su origen probable e improbable. Las distintas doctrinas de los distintos autores que en esto de hielos como en muchas otras cosas, tampoco suelen estar de acuerdo.

Todo esto es materia, a bordo de charla sabihonda, un tanto parlanchina, en que profesa más de un docto en cátedra polar, docto al menos en frescura, lo que en esta Antártica famosa quiere decir que se está en ambiente, lo que no es poca cosa, pues ya significa un principio de acomodación o aclimatación que es más exacto.

Más tarde avistamos, y esto era al anochecer, la isla Smith que las cartas hidrográ-

ficas norteamericanas llaman mount Pisgah, con que la bautizó el marino yankee Palmer y que el ruso Bellingshausen denominó Borodino.

Esta isla Smith, forma parte del archipiélago de las Shetland del Sur, en cuyo extremo suroeste se encuentra, a unas 480 millas del cabo de Hornos y formando el límite sur, con todo el archipiélago del famoso mar de Drake.

Todo el archipiélago de las Shetland, se extiende en dirección este noroeste-oeste suroeste, a lo largo de unas 250 millas entre los meridianos 53° y 63° oeste.

Estas islas Shetland, hacia donde llevamos la proa, tienen también su historia, a pesar de que son desoladas, enormes de rocas cubiertas de hielo, habitadas por pingüinos y focas y a las que prestan ronda las orcas y las ballenas.

Fueron así llamadas por el capitán mercante inglés, William Smith, nombre bastante común y descolorido por cierto, que navegando en el bergantín de su propiedad, llamado con su propio nombre de pila *William*, matrícula de Blythe, allá en el país de Gales, corría los mares entre Buenos Aires y Valparaíso y desde Valparaíso a Buenos Aires, llevando los productos de una costa hacia la otra costa, se apartó de su ruta, en ese siempre agitado mar de Drake, como turbulento era también el pirata que le dio el nombre cuando, intentaba tornar el cabo de Hornos, en demanda del Pacífico.

El viento y más que el viento, el ventarrón, no le era propicio, y como lo que entonces convenía era “correrle al viento”, cambió de rumbo y en esta variación de rumbo fue a “caer” en unas tierras extrañas, que antes no había visto ni oído hablar, cosa que en un marino “muy navegado” como él, era mucho decir.

Estas tierras fueron avistadas el día 19 de febrero de 1819 y de las que fijó posición ese mismo día, cálculo que rectificó al día siguiente, como consta en su libro de bitácora, del cual felizmente poseemos un extracto y que es de 62° 17' de latitud sur y 60° 17' de longitud oeste, dejando constancia de que el cálculo había sido hecho con la ayuda de un excelente cronómetro.

El lugar preciso de su primer desembarco es la bahía Blythe en la parte norte de la isla Livingston, junto a caleta Sheriff.

Smith hubo de pensar seriamente en ponerle nombre a estas tierras y segura-

mente, por la homologación de puntos geográficos y después de titubear un tanto con el nombre de San Jorge, con que quiso llamarlas, las bautizó, si es que así puede decirse, con el nombre de las islas de la Nueva Shetland del Sur.

No obstante parece que nunca estuvo muy conforme con este nombre, pues, en su segundo viaje estuvo a punto de darles un nuevo nombre, el de New South Britain, pero “ello podría prestarse a confusiones”, escribió, y no lo hizo.

Tan pronto pudo, sorprendido por este hallazgo fortuito, puso proa al norte. Su aguja de marcar fijó el rumbo en el punto magistral de la Rosa de los Vientos.

El descubrimiento lo entusiasmó mucho y continuamente lo trastornaba. De ello no cabe duda. Mucho habló de ello en Valparaíso, en su arribada, mas, parece, los amigos se rieron, le hicieron burlas. Era lo inevitable.

Al regresar en ese invierno con rumbo al Río de la Plata, intentó repetir la aventura y cuando llegó al cabo de Hornos prolongó el rumbo. Así avanzó hasta los 60° de latitud sur, pero un grueso “pack” de hielo le impidió seguir adelante.

De regreso al estuario del Plata hizo ancla en la rada el Montevideo. Allá también refirió su hallazgo de nuevas tierras, allá también se rieron de él.

Pero en el puerto de Montevideo había un grupo de loberos yankees, de Connecticut. Escucharon las noticias con atención, se acercaron a Smith, le pidieron el derrotero, la carta del viaje, informaciones que no dio ni vendió, pero que le abrieron los ojos y le hicieron calibrar la importancia de su descubrimiento.

Entre tanto sus bodegas habían sido ya estibadas con la nueva carga para los puertos del Pacífico y puso algunos barriles más de carne salada en su pañol de víveres. Así hizo rumbo con el secreto designio de echar un vistazo a las tierras descubiertas, a sus tierras.

Es así como nuevamente, en ese mismo año de 1819, el 15 de octubre avistó a sus islas, las de Nueva Shetland del Sur y las encontró habitadas... habitadas por pingüinos. Antes no los había visto.

Se acercaba la época de la puesta y las colonias se concentraban. Deben haber sido pingüinos de barbijo (*Pygoscelis antarctica*) que son los que anidan más temprano.

¿Cuántos habría entonces cuando ahora quedan tantos?

Y al día siguiente “the nest morning”, dice su manuscrito y lo comprueba su bitácora, desembarcó con una Unión Jack en la mano y después de ondearla solemnemente, invocando el nombre de su gordo Rey “in the name of the King of Great Britain” dijo que tomaba posesión de esas tierras.

Mas esas tierras ya pertenecían a la Corona Española, estaban bajo la jurisdicción de la Real Audiencia de Chile y de su Capitán General y por consecuencia lógica corresponden ahora al patrimonio de la nación entonces recién independiente, la República de Chile.

¿Por qué? Lo veremos luego.

El descubrimiento de Smith era más importante de lo que aparentaba serlo, sobre todo en aquellos años en que las islas Malvinas todavía eran argentinas. Fueron inglesas después de 1833.

Smith se vino con el cuento, magnífico cuento, al comandante en jefe de la flota de Su Majestad Británica en el Pacífico y éste, ni corto ni perezoso tomó sus medidas. Como no podía disponer de barco fletó el propio *William* y le puso oficialidad de la Real Marina. Llevando al capitán Smith como piloto, pero al capitán Edward Bransfield, comandante del navío *Andromache*, de estación en el Pacífico, como jefe. Con este iba el cirujano Dr. Adam Young, que más tarde se quedó en Chile y que lo encontramos en la Escuadra que fue a la guerra contra la Confederación de Santa Cruz y a tres guardiamarinas, Poynter, Blake y Bone, que se hicieron a la mar desde el puerto de Valparaíso el 20 de diciembre de 1819 y arribaron a las islas Shetland el 16 de enero de 1820. Para ser barco a vela no demoraron mucho.

El cirujano Young fue el cronista de la expedición.

Mas las charlas de Smith en los puertos de Montevideo y Buenos Aires no habían caído en oídos sordos.

Los loberos yankees, loberos de Connecticut, y más precisamente, de Stonington, palpitaron la cosa. No en balde los mandaba un hombre joven, un capitán de 18 años, Palmer. No tenían un dato preciso, pero hallaron la huella en el mar, y el mar no imprime huellas, y por aquí cayeron.

Desde el día en que Nathaniel Palmer cayó con su gente en estas tierras heladas

las focas perdieron su paraíso.

Bransfield y su compañero Smith trabajaron bastante en este viaje. Descubrieron el estrecho de Bransfield, cuyas aguas tienen fama de ser las más frías del mundo, cartografiaron rudamente cerca de quinientas millas de la costa. Vieron una porción de la actual península de Palmer, que los ingleses, años más tarde, dieron en llamar Tierra de Graham, descubrieron la isla Clarence y muchas cosas más.

Fueron, tal vez, los primeros en avizorar el continente, la verdadera tierra antártica.

Empero, con todo esto, ni Smith, ni Bransfield, ni Palmer eran los descubridores.

Hubo otro, y antes, mucho antes.

Al finalizar el año 1598, unas de las cuatro naves pequeñas, que acompañaban al navío *Esperanza* y formaban la escuadra del corsario holandés almirante Jacobo Mahu, esa escuadra, que luego, por sucesión de grado el almirante Simón de Cordes, que es para nosotros más conocido; el yate denominado la *Buena Nueva* o también el *Feliz Mensajero*, pues su verdadero nombre en holandés es *Blijde Boodschap*, que quiere decir algo así, mandado por mandado por Dyck Gherritz fue arrastrado por los vientos hacia el sur y tan al sur, que cuando pudo enderezar la proa se encontró que había alcanzado a la latitud 64° y avistado tierras nevadas “que se parecían a las de Noruega”.

Este capitán Gherritz al volver al norte, siguió con la mala suerte de sus compañeros de aventura y cayó prisionero de los españoles. Según unos fue ahorcado en Valparaíso, según otros, y, entre ellos, el pirata Van Noort, su contemporáneo, fue internado en Santiago, donde vivía en la mayor miseria. En los procesos de la época su nombre aparece traducido como Rodrigo Geraldo, aun cuando Dyck es diminutivo de Dirck, que equivale a Teodorico. Nosotros estamos porque no fue ahorcado, pues años más tarde, aparece un apellido que se ha sucedido, que es el de Geraldo y que no tendría otro origen que el de descender de él.

Actualmente todos los autores están de acuerdo en que fue este corsario el verdadero descubridor de la Antártica⁶⁷.

⁶⁷ Oskar Ferdinand Peschel. *Geschichte der Erkunde bis auf Alexander von Humbolt und Carl Ritter* (München: Druck und Verlag von R. Oldenbvurg, 1877-1878)

Estábamos entrando esa noche en las aguas de las islas Shetland, de aquellas Shetland nuestras, de las que hablaba tan enfáticamente el general O'Higgins y hablaba con fundamento. Los títulos de la Corona Española que correspondían a los territorios jurisdiccionales de la Real Audiencia de Santiago hacían herederos ellos a la naciente República de Chile.

Y así como hablaba O'Higgins, con convencida firmeza. Ahí está la carta fechada en Lima el 20 de agosto de 1831, el día de su cumpleaños, dirigida al capitán Coghlan, de la Marina Real Británica, carta que algo debe tener y valer en importancia y trascendencia cuando se guarda en los archivos del Foreign Office de Londres, donde la descubrieron en 1918, aquel recordado periodista que se llama Carlos Silva Vildósola.

Esa carta dice en su parte pertinente: "Chile viejo y nuevo se extiende en el Pacífico desde la bahía de Mejillones hasta Nueva Shetland del Sur, en latitud 65° sur; hasta Nueva Shetland del Sur, o sea 23° que añadidos a los 42° en el Pacífico hacen 65 grados o sea 3.900 millas geográficas con superabundancia de excelentes puertos en ambos océanos y todos ellos salubres en todas las estaciones".

¿Y por qué hablaba O'Higgins de las Shetland del Sur?

Sencillamente porque fue amigo de Palmer, del capitán Nathaniel Brown Palmer, que también tuvo sus aventuras en la costa de Chile y en nuestros turbulentos comienzos. Ese Palmer, el primer explorador antártico anduvo enredado en la sublevación del capitán Domingo Tenorio a favor de Freire, en la isla de Juan Fernández, con el ballenero *María Stonington* y más tarde lo tomaron prisionero, cuando mandaba en Anawam.⁶⁸

Para la gente de ese entonces la Antártica era una cosa nuestra.

Y lo eran esas islas Shetland nuestras, de las que hablaba y escribía O'Higgins, que nosotros en estos días íbamos a hacer más nuestras.

⁶⁸ Nota de los editores: Nathaniel Brown Palmer tenía un hermano lobo que frecuentaba las islas del archipiélago de Juan Fernández.



DÉCIMA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Martes, 13 Mayo 1947, p. 3

Ese 12 de febrero amanecimos muy temprano.

No era para menos cuando el sol también madrugaba. A las 2 horas se podía leer en cubierta y hora y media más tarde la claridad era completa.

Pasamos junto a la isla Decepción con sus altos domos negros y enhiestos. Eran las cuatro de la mañana. Un enorme iceberg bloqueaba la entrada de la bahía.

Continuamos la ruta para regresar algún otro día, cuando la puerta estuviera abierta.

La isla Low quedó luego a estribor y se perdió por la aleta.

Luego teníamos a babor las altas cumbres de la isla Livingston.

Seguíamos como tanteando la ruta. Buscábamos entre la bruma de la mañana a la isla Greenwich, que Weddell llamó en su mapa isla Sartorius y que el almirante ruso Bellingshausen, teniendo fresca en la memoria las victorias moscovitas contra Napoleón, llamo isla Berezina.

Así llegamos a la bahía Discovery, enorme bahía en que cabe una escuadra y que lleva el nombre glorioso del buque del capitán Scott, un mártir en el martirologio antártico.

Dentro de la bahía fuimos a fondear en Puerto Soberanía, puerto de la República de Chile, en la región antártica, es el primer puerto.

En medio del puerto estaba al ancla la fragata *Iquique*, comandante González Na-

varrete. En ella iza su insignia el comodoro Federico Guesalaga Toro, comandante en jefe de la flotilla antártica.

En digno "pendant", dando fondo al cuadro de esta mañana, un enorme iceberg, al parecer inofensivo, está también fondeando en nuestras aguas. Parece un acorazado de una escuadra blanca.

-¡No lo toquéis!... se nos advierte, desde luego, con una superstición antártica. Si alguna embarcación de un buque se le acerca y lo toca o lo aborda, el iceberg retribuirá la visita. Vendrá a tocar el buque y su abordaje no es, en ningún caso de desear.

Es seguramente este hecho una casualidad o lo que se quiera, pero acontece. Días más tarde, el transporte *Patagonia*, de la Armada argentina, fondeado en Melchior, comprobó la realidad de la superstición.

El espectáculo de la mañana de ese día, tantas veces memorable en la historia de Chile, es maravilloso.

En el fondo de la alta costa, totalmente cubierta de hielo y de nieve. Blanco, blanco azulado, blanco verdoso, azules de sulfato de cobre. Una lujuria de blancos y azules los que no estamos acostumbrados a ver y que hieren la vista.

Allá en la altura, que el viento se encarga de librar de la nieve, una que otra mancha negra denuncian los picachos de roca.

Temperatura, cero grado.

Viento, fuerza cuatro. Seis cientos metros por minuto.

Una flotilla de pequeños témpanos pasa a la deriva. Perecen lanchas de curiosos habitantes que nos vienen a recibir.

Y, en realidad, eran curiosos habitantes los que pasaban y nos veían pasar, en tranquila, estática expectación.

Unos vestían de etiqueta. Eran pingüinos. Había papúas de pico y patas rojas. Otros tenían barbijo, algunos lucían un antifaz y llevaban las patas rosadas. Eran delegaciones de distintas especies, mas todos estaban alineados.

Y pasaban también, flotando lentamente, otros témpanos que servían de lecho

de reposo a focas cangrejeras, de claro color y a focas de Weddell, que parecían saludarnos con un displicente bostezo. Tal vez equivoca y en vez de displicentes, el bostezo era perezoso.

Mirábamos curiosamente la costa con el binocular.

¡Qué árido el paisaje!

Algo nunca visto, ni siquiera sospechado. La vasta isla se compone de parajes montañosos, totalmente yermos, con una que otra ayuda cima, que apenas se ve. Tan cubiertas están de nieve y hielo.

Aquí todo está sepultado en hielo y en nieve.

Hielo que desde el nivel del mar sube hasta los puntos más elevados, cubriendo todo y formando una enorme y compacta capa blanca y reluciente.

En algunas partes aparecen, como rompiendo el enorme sudario blanco, oscuras porciones de montaña, negros peñascos que ha descubierto el viento y contrastan con la nieve y el hielo. Son los llamados “nunatak”, término técnico con que se designan en glaciología estos puntos que desnuda el viento.

En la orilla, junto al mar, la montaña cae casi siempre en un acantilado, alto, vertical, resplandeciente. Cincuenta u ochenta metros de altura.

Sólo en dos partes baja lerdamente, suavemente, en forma de una magnífica cancha de esquiar.

Tal era el panorama que veíamos.

El mar estaba terso. Tranquilo.

Así, lentamente, también nos fuimos deslizado hasta el fondo de la bahía para tomar el puerto.

El telégrafo de máquinas sonó. Transmitía una orden. Las máquinas pararon. El *Angamos* “quedo”. El ancla comenzó a caer. El cabrestante chirriaba a pausas y los grilletes salían chisporroteando y luego brincando se deslizaban por el escobén.

Un paño de cadena, otro más, luego otro. Fondo: cincuenta y ocho metros.

En la popa flameaba la bandera. Era la grande, la de los días de fiesta.

Y había fiesta también en los corazones.



DECIMOPRIMERA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Miércoles, 14 Mayo 1947, p. 3

Y en un día del mes de marzo nos dimos a la mar, con todos los pronósticos del tiempo favorables, desde el puerto de Soberanía, en la isla de Greenwich, llevando nuestra derrota siempre al sur.

El Sikorsky 308 piloteado por nuestro valiente compañero el teniente Humberto Tenorio nos precedía a modo de avanzada y estaba en constante comunicación radiotelegráfica con el transporte *Angamos*.

En tierra dejábamos al primer destacamento chileno antártico, a modo de ensayo, para que se fuera acostumbrando a la larga jornada que iba a tener que soportar solo.

Era una corta separación. La próxima sería la definitiva. El buen amigo Kopaitic y su gente, más algunos carpinteros del buque que les ayudarían en terminar las construcciones, se quedaron en la isla.

El *Angamos* tomó el estrecho Inglés, que Weddell llamó Spencer y durante unas cuantas millas tuvimos a la isla Roberts por la cuadra a babor.

La cartografía de las islas Shetland y en general de toda la Antártica, en cuanto a toponimia, o sea a denominación de lugares, adolece de tremendas sinonimias. Hay dualidades y trialidades de nombres de lugares geográficos. Así, esta isla Robert a cuya cuadra navegamos aparece con el nombre de isla Michel, en el mapa de Weddell y en el mapa de Bellingshausen, con el nombre de isla Polotsk. La

carta inglesa respeta los nombres dados por Bransfield y por Biscoe y la norteamericana usa los dados por Palmer.

Todo esto no es poca broma para quienes quieren estudiar estas regiones y seguir y ubicar los relatos de los predecesores en su exploración.

Un solo hombre ha procedido en forma lógica y al propio tiempo caballeresca en esto de la toponimia antártica y éste ha sido el sabio francés Charcot.

Los demás deben haberse estremecido en sus huesos con lo que hemos pensado de ellos en esos momentos en que en vez de decir “se nos acabó el mapa”, como nos ha ocurrido en más de una oportunidad y en otras partes, decíamos “se nos enredó el mapa”. Harto enredada es la Antártica al natural para venir a enredarla en los mapas.

Castle Rocke, sobre el estrecho Bransfield, que dicho sea de paso, es el mar frío del mundo, en el decir de un explorador del siglo pasado, nos ofrece un paisaje legendario.

Este roquerío, por su exposición al viento, no tiene mucho hielo y nieve. La acción de éste, por una parte y del viento por otra han festoneado en tal forma las rocas que ellas parecen un castillo en ruinas sobre un fondo maravilloso, diríase, y con razón, sobre un fondo de leyenda, formado por la nieve, el cielo y el mar. Dos azules distintos y un solo blanco purísimo.

Y este castillo está guarnecido. Lo guarecen los cormoranes. Sobre sus almenas hay centinelas hieráticos, de ojos azules, que nos miran pasar.

Estos cormoranes que nosotros acostumbramos a llamar cuervos marinos, parientes muy cercanos de los patos liles y de los patos yecos de nuestro litoral, de los que son primos hermanos, pertenecen a la especie que los zoólogos, con su muy depurada nomenclatura, han dado en llamar *Phalacrocorax atriceps bransfieldensis*, de Murphy, variedad propia de este estrecho Bransfield y en general, en toda la península de Palmer.

Tiene este cormorán un pariente, diríamos con alguna razón, un primo hermano, el *Phalacrocorax atriceps georgianus*, propia de las islas de las Georgia del Sur, cercanas, pero muy poco, que, a veces, suelen venir a visitarlos, y de tan lejos.

Parece que estos pájaros también se hacen visitas de familia.

Este y todos los demás cormoranes reciben un nombre común de parte de los balleneros escandinavos que pescan en estos mares y que lo guisan y comen con fruición. Es el nombre de “shag” (pronunciase “sheg”) con que se llama al pájaro y al plato que la cocina típica escandinava con él prepara.

Y vale la pena decir aquí que esa cocina marinera, de suecos y noruegos, que prepara platos a la moda de Narvik o de Bergen, de Stavanger o de Lysekil, en que no se miden las vitaminas no se cuentan los hidratos de carbono, no dejan de ser sabrosos y alimenticios. Platos fuertes, propios para la gente que sabe vivir y trabajar en los medios en que la inclemencia del tiempo es la menor de todas las características.

Dejando atrás a puerto Yankee, en la isla de Greenwich, era llamado así porque era el punto de reunión de los loberos de Palmer y que se caracteriza por sus rocas volcánicas, altas y escarpadas, pasamos frente al abra del estrecho McFarlane o de Duff, en cualquier caso los dos nombres escoceses, aun cuando el primero prevalece. Este estrecho separa la isla Greenwich de la isla Livingston.

No nos dejó de picar la curiosidad y de llamarnos la atención este nombre McFarlane. ¿Habría sido dado tal vez en honor y recuerdo del inventor de aquel simpático abrigo con esclavina que usaron nuestros padres y abuelos? Fue una útil prenda que implantó la moda inglesa y que usaba de preferencia el Príncipe de Gales que más tarde fuera Eduardo VII.

Y a la cuadra de estribor surgen las altas montañas de la isla Livingston, esa que el ruso Bellingshausen llamó Smolenko y que la carta americana nombra Friesland.

Mucho me sospecho que ese almirante Bellingshausen, que por encargo del Zar de todas las Rusias, Alejandro I hacía un viaje en torno al mundo, allá por los años de 1819 a 1821, con una flotilla compuesta por las naves *Vostok* y *Mirny*, entretenía los ocios y mataba el tedio de la larga navegación a la vela, aburrida de por sí, leyendo las campañas de Napoleón en Rusia y sus derrotas, pues todos los nombres que dio a las islas recuerdan las victorias rusas y aliadas.

Así, fuera de las ya nombradas, y de otras que luego mencionaremos, tenemos

a la isla Nelson, que llamó Leipzig, a la Rey George, Waterloo. La isla Bridgeman, que tiene un volcán apagado, recibió el nombre, por una posible similitud de circunstancias, de isla Santa Helena, el nombre de aquella otra isla que en aquellos años todavía guardaba, y bien guardado, otro volcán apagado.

Esta isla Livingston tiene las cumbres más altas de todo el archipiélago de las Shetland del Sur. El monte Barnard que veíamos desde Puerto Soberanía, en la isla Greenwich y que le daba un magnífico fondo tiene 178 metros de altura y el monte Bowles, con unos 900 metros y con un poco menos el monte Sharp.

Era espectacular ver el sol, entre las nubes, jugar iluminado a ratos, sus cumbres. No sabemos quién jugaba, el sol o las nubes, pero queremos creer que fuera el sol.

No debíamos decirlo porque alguien, siempre es un alguien anónimo el que crítica, nos pudiera tachar de cursi y ello bien puede parecerlo, una cursi o una ramplonería, a quienes no lo han experimentado.

Más... que más, da, cuando uno quiere ser sincero consigo mismo.

Los magníficos juegos de luces que aquí y en otras partes de la Antártica tuvimos la suerte de contemplar traían un verdadero trance al espíritu, una breve borrachera de luces, borrachera física en que juegan las cumbres y las nubes y preside el sol.

Estos breves instantes que uno quisiera hacer durar infinitamente, guardar, conservar, atesorar, tienen sabor a gloria. Saben a gloria.

A babor dejamos la pequeña isla Middle, que a la distancia y con auxilio del binocular, nos parece de estructura volcánica, un macizo de rocas que emergió borbotando.



DECIMOSEGUNDA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Jueves, 15 Mayo 1947, p. 3

Una densa niebla se va corriendo desde el horizonte y no tardamos en estar dentro de ella. Cada vez parece que nos entraremos más.

Otra vez parece que no entraremos en la magnífica bahía de la isla Decepción.

Hay ansiedad en todos.

Sin embargo, sabemos que el avión llegó y amarizó en la bahía, donde nos espera.

Estas nieblas cerradas en torno a la isla Decepción son típicas y ellas se deben a una causa que luego explicaremos.

En el viaje siguiente, de regreso, nos aconteció lo mismo. Los marinos argentinos nos refirieron situaciones iguales.

Y en el raro relato del almirante Bellingshausen, nos encontramos, relatado en forma muy amena que, a ellos, los de la nave *Mirny*, que comandaba el teniente Lázarev, les ocurrió un hecho semejante.

Y esta isla perdida entre la niebla tiene siempre la misma graciosa ocurrencia, si así puede llamarse, de aparecer cuando quiere.

Esto nos ocurrió a nosotros y dos veces. Lo mismo aconteció a los navegantes del siglo pasado y a los navegantes de ahora.

De pronto cuando ya nos acercábamos recelosos, como por un milagro, como por

efecto de una vara mágica, de esas de los cuentos de hadas, todo el tupido velo que escondía la isla cae. Desaparece. Y vemos cerca, casi encima, la masa negra, rocosa, de la isla Decepción.

Y a pesar de todo, justamente, estamos a itinerario. Es la hora que el oficial de navegación nos indicara como de probable arribo. El buen amigo teniente Custodio Labbé Lippi, “el navegante”, con su pera de caballero de capa y espada, figura romántica del mar, no se ha equivocado ni un minuto. Los vientos y las olas, se diría son sus amigos. Y sabe de borrascas...

Una fina nevada nos recibe.

También con una nevada, nos despidió de isla, otro día.

Esta isla Decepción parece un aguafuerte de Gustave Doré, desprendida y es mejor que digamos arrancada, porque este ambiente revela violencia, arrancada de una divina comedia y hecha plástica, tridimensional.

Junto a estas altas paredes de cráteres desocupados, tallados al nivel mismo de las olas, por lenguas de fuego que pulieron y dieron color, en negro y en rojo, nosotros ubicaríamos al infierno, a las puertas mismas del infierno.

Aquí en este paisaje terrorífico sólo nos faltan los personajes. Y esos... andan trashumantes por el mundo... vendrían... y solos.

Esta isla Decepción es simplemente un volcán.

Un antiguo volcán extinguido, cuyo cráter principal se ha hundido bajo el nivel del mar y se ha producido esta magnífica bahía, un verdadero lago marino, tan angosta es la entrada, que lleva el nombre de bahía Foster, en recuerdo del comandante Henry Foster, del navío de S.M.B. *Chanticleer*, que efectuando investigaciones pendulares, exploró estas regiones entre 1828 y 1831.

Esta bahía tiene 22 kilómetros cuadrados de extensión y se comunica con el mar por un paso muy estrecho de unos 180 metros de ancho que se encuentra situado al suroeste de la isla, paso que limita la llamada punta Fildes y la punta Collins.

A la entrada hay una escasa profundidad, que luego en el centro alcanza a un máximo de 376 metros, según la carta, en el punto de sonda.

Charcot habla de un cegamiento del fondo originado por el arrastre de materiales de las alturas circundantes, haciendo notar las diferencias de fondo entre las cartas antiguas y los sondajes recientes, es decir, los que él realizó en 1909. Este fenómeno es indudable y todas las corrientes de agua, que son numerosas dada la temperatura del suelo, contribuyen a ello.

Las riberas interiores de la isla, o sea las que dan a la bahía son relativamente llanas y suaves, forman caletas. Las partes escarpadas y verticales sólo corresponden a las antiguas chimeneas del volcán y en las que se encuentran todos los detalles de antiguas erupciones.

Por el contrario, las riberas exteriores, las que dan al mar, al estrecho Bransfield, son altas acantiladas. Verticales. Socavadas en algunas partes por las olas y formando pequeñas grutas.

Las alturas de estos acantilados junto a mar alcanzan a 270 metros. Y la parte más alta de la isla, el monte Pond tiene 539 metros de elevación.

En diversas partes de la isla se encuentran lagos que ocupan depresiones de antiguos cráteres. A excepción de uno, muy cercano a la costa y de bajo nivel, todos los demás tienen agua dulce.

Bautizamos, al fin y al cabo, también teníamos el derecho de dar nombre a las cosas sin nombre, bautizamos, decimos, a uno, el cercano a caleta Péndulo, con el nombre de lago Orrego, en homenaje a nuestro talentoso compañero de exploración, el historiador Eugenio Orrego Vicuña. Hicimos lo mismo con el lago cercano, a caleta Teléfono, que entre paréntesis, sea dicho para evitar confusiones, nunca ha tenido teléfono, al cual pusimos el nombre de Pinochet, esta vez también en homenaje a otro compañero, el abogado Óscar Pinochet de la Barra, el hombre que ha sabido cristalizar en un documentado libro todo nuestro problema antártico y el lago del bajo, ese en que suelen aposentarse los petreles, lo denominamos Mann, por nuestro activo zoólogo, el profesor Dr. Guillermo Mann Fischer. Y todas estas denominaciones las impusimos con el viejo ritual español de estas ceremonias. Requeridos los circunstancias nadie se opuso. Las focas y los cormoranes no dijeron nada. Una gaviota se alzó volando al propio tiempo que lanzaba un hiriente "cau... cau..." que pretendemos interpretar como de aceptación.

La temperatura de las aguas de estos lagos es de 12° en los altos y de 7° en el bajo, o sea el lago Mann.

Los exámenes de las rocas colectadas revelaron la presencia de basalto andesítico en algunas de las chimeneas y en bloques aislados en los cerros.

Las lavas son de dos tipos, una neutra y otra ácida.

La impresión general que deja la estructura de esta isla es la existencia de dos momentos volcánicos perfectamente diferenciados y no continuos.

Uno de ellos, el primero es el determinante de la formación de la isla misma, que es indudablemente contemporánea con la isla Bridgeman y la isla Middle, ambas volcánicas y situadas al oeste, la primera a cien millas de distancia y todas en el mismo archipiélago de las Shetland del Sur y la isla Zavodovski, al sur de las Orcadas.

Este momento volcánico está vinculado a la fase volcánica del terciario y es contemporáneo, en la Antártica, con los volcanes Erebus y Terror y con la mayor parte de la cadena volcánica del Pacífico. Y esta manifestación volcánica está estrictamente vinculada con la orogénesis, o sea la formación de las montañas de todo el grupo de islas Shetland y de la península de Palmer, que los ingleses llaman Tierra de Graham.

Este proceso volcánico hay que deducirlo de lo que se ve. Una cosa es la deducción de gabinete y otra es la de verlo a través de un cráter cortado, sentado en una roca que tiene la obligación de decirnos de donde viene.

Lo hace. Todas las rocas lo hacen. Tienen el pasaporte a la vista. El problema complicado es leerlo.

Y nosotros nos dispusimos a leerlo sentados en una roca que los petrógrafos llaman basalto andesítico. Basalto, término que es nada menos que de procedencia etiópica, pues basal quiere decir hierro y todos los basaltos acusan una presencia de hierro y andesítico, viene de andesita, una roca sin cuarzo y cuyo feldespato es una plagioclasa de color blanquecino lechoso.

Esta inocente piedra, todas las piedras son inocentes, ya nos estaba diciendo una cosa por su naturaleza. Venía del Terciario, momento geológico que en realidad es

la cuarta etapa de la tierra. Todos los basaltos andesíticos son de ese momento.

Nos quedaba averiguar en qué momento del terciario había surgido esa roca. Entonces nos acordamos de nuestra cordillera de los Andes, el problema es igual, pero aquí lo tenemos conocido, nuestros basaltos andesíticos son del Mioceno. Fueron las efusiones de magma de esa época las que los echaron para afuera, los hicieron aflorar, en los plegamientos de la corteza que determinaron la formación de las estructuras actuales, perfeccionadas después en el plioceno.

Es el nacimiento de los Antartandes, como llamó el geólogo Suess, a esta cordillera antártica que es andina, por su origen.

Esta isla es una página abierta de todo un drama geológico.

El magma líquido, o sea materias en estado de fusión, subieron lentamente hacia la superficie, aprovechando en parte fisuras y grietas pre-existentes. Formando nuevas por los fenómenos naturales derivados de la presión y de la temperatura. Al enfriarse y cristalizar el magma antes de llegar a la superficie, esa masa intrusiva se convierte en lo que se ha dado en llamar "batolito", rodeado de vetas o filones de la materia magmática que se solidifica lentamente, debido a la escasa conductibilidad al calor en el material circundante.

Cuando esta masa ígnea llega a la superficie llega el momento en que la presión de los gases contenidos en el magma supera a la presión de la roca original de superficie. Entonces se desprenden los gases diluidos en una forma violenta determinando la explosión, cuya fuerza rompe y perfora el techo de rocas que todavía cubrían el magma y así se formó la chimenea principal, actual bahía Foster. Por allí salieron las erupciones de gases, la lava fluida, las escorias, cuya deposición formó el cono y la estructura de la isla misma, la isla Decepción.

Más todo es actualmente una ruina de volcán.

Vemos chimeneas secundarias, chimeneas embrionales. Parecen corresponder a una segunda fase del volcanismo de la isla. A otra crisis volcánica, indudablemente posterior.

¿Cuándo pasó esto?

Es la pregunta corriente. No es difícil precisarlo. Si la formación del volcán corresponde al Terciario, lo que podemos asegurar, la antigüedad en años de este drama geológico es de más o menos ocho millones de años.

Y nadie dirá que es mucha edad para un volcán, sobre todo si este es viejo y está ya gastado. Apagado dirían los geólogos.



DECIMOTERCERA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Viernes, 16 Mayo 1947, p. 3

Esta isla Decepción ofrece actualmente manifestaciones póstumas de la actividad volcánica.

No hay duda de que esta actividad volcánica fue efectiva hasta no hace muchos años.

Un ballenero americano el capitán William Shirley, en cartas al oceanógrafo Maury y a Charles Wilkes, el explorador, cartas que ambos citan en obras diferentes⁶⁹ y en las que describe los repetidos viajes que hizo a estas regiones de la Shetland del Sur y de la península de Palmer, en las goletas *Sailor's Return*, *Benjamín Wolff*, y *Ohio*, refiere que en el año 1842 la isla "ciertamente estaba sufriendo grandes cambios... todos el lado sur estaba en fuegos" y que observó más de trece erupciones.

Eran sin duda los cinco cráteres nuevos cuyos vestigios nosotros vimos.

Ahora esta actividad volcánica está muy reducida. Sólo se manifiesta por la temperatura de su suelo y de sus aguas.

⁶⁹ Matthew Fontaine Maury. *Explanations and sailing directions to accompany the Wind and current charts, approved by Commodore Lewis Warrington, chief of the Bureau of ordnance and hydrography; and pub. by authority of Hon. William A. Graham, secretary of the navy* (Washington: C. Alexander, 1851), p. 287.

Está en la fase final de su volcanismo, en su desgasificación.

Si en la playa de caleta Péndulo, que se llama así porque en ella instaló su carpa el capitán Foster para hacer observaciones pendulares, se hace un pequeño agujero, no es necesario muchos centímetros, se tiene una temperatura apreciable, anormal si consideramos que ella se obtiene en la subantártica.

Nuestro compañero el meteorólogo Enrique Torrealba, encontró una temperatura máxima de 37° a veinte centímetros de profundidad.

Nosotros encontramos una mañana, después de una nevada bastante intensa que formando una capa media de tres centímetros, una temperatura no inferior a 45° grados en una profundidad de cuarenta centímetros y la seguridad de que a mayor profundidad la temperatura sería mayor.

En toda la costa de esta caleta Péndulo, el agua de mar estaba caliente y se vaporizaba.

En otras regiones de la isla también había temperatura, como lo comprobó el mismo colega Torrealba y el glaciólogo Barrera.

Varios exploradores como Webster Johnson, Dumont D'Urville han llamado la atención sobre el curiosísimo hecho, que se manifiesta en toda la región y que salta a la vista, de inmediato, de que sea la isla Decepción una isla con muy poca nieve "no solamente en las costas sino también en varias de sus altas cumbres".

Charcot, comentando estas observaciones dice: "en lo que a nosotros respecta hemos encontrado mucha nieve hasta en las playas, pero hay que tomar en cuenta que nuestra estada fue en diciembre, en tanto que la de otros navegantes en marzo a excepción de Webster que estuvo de enero a marzo".

Bennett, el naturista inglés que estudió las ballenas y las aves de la Antártica, refiere igual caso para la isla Bridgeman, isla volcánica que está a la vista de la isla Clarence, donde se hundió el *Endurance* y de la isla Elefante, el recordado refugio de Shackleton y de la hazaña del piloto Pardo, en la *Yelcho*, en la época que Inglaterra consideraba que esas tierras eran chilenas.

La explicación es muy sencilla.

Nosotros nos pudimos dar cuenta de ella después de la nevada que presenciamos, la nieve se derritió de inmediato en las zonas en que había calor terrestre. Y esto se produjo en las primeras horas de una mañana muy brumosa en que recorrimos toda la bahía para estudiar detenidamente este fenómeno.

Y es este calor terrestre el que produce esa constante vaporización que motiva las continuas neblinas que rodean y envuelven a esta isla que tiene sus severos encantos y de la cual, sin exagerar mucho, se puede decir que es la isla de los misterios.

Y estos misterios no son una figura exagerada.

Andando por sus colinas calientes uno siente la sensación de los arcanos del mundo.

Las aguas termales de la isla tienen un valor medicinal indudable. Son sulfurosas y ferruginosas.

El ya citado Bennett que residió en isla Decepción durante un tiempo, efectuando investigaciones zoológicas nos da de la naturaleza de la isla algunas observaciones interesantes.

Una de ellas es que hay frecuentes temblores, de indudable origen volcánico. Esto nos hace pensar que la estación meteorológica de isla Greenwich, Puerto Soberanía, debe tener necesariamente un equipo o un aparato sismológico.

En esa isla nosotros, en compañía de los Drs. Jorge Greve y Pedro Peña y Lillo sentimos un temblor leve el día 13 de febrero, a las 16:30 horas.

El agua de bebida, dice Bennett está cargada de partículas microscópicas de pumita, que obligan a decantarla cuidadosamente.

En efecto, las muestras de agua que he traído dejaron en los frascos un sedimento de pumita, o sea piedra pómez, de tipo filamentoso.

Este mismo Bennett habla de que el medio ambiente volcánico ejerce una acción sobre las personas que residen algún tiempo en la isla, afectando el sistema nervioso, en forma tal que llega a ser un mal crónico, hasta tal punto que causa intranquilidad aun en los más tranquilos marinos noruegos, esos hombres mon-

taña, por el porte, que tienen la tranquilidad de las cumbres.

¿Será el ambiente?

Hay otros factores en este fenómeno que tal vez el colega Bennett, por muy zólogo que sea no consideró, la intranquilidad puede ser causada por una enfermedad común en esas condiciones, la “campañatis” y en segundo lugar, por un factor de orden sexual.

El factor ambiente no me parece decisivo en esto.



DECIMOCUARTA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Sábado, 17 Mayo 1947, p. 3

Algo que llama la atención porque resulta verdaderamente incomprensible, es el nombre de esta isla Decepción.

No somos los únicos en hacernos esta pregunta.

Charcot, ya la ha formulado al relatar el viaje del *Pourquoi pas?* “ningún documento me ha permitido decir quien ha descubierto propiamente hablando, la isla en que nos encontramos, ni quien la ha podido bautizar tan impropiaemente, a mi parecer, con el nombre de Decepción, porque no lo ha sido para nosotros, como tampoco lo es para todos los navegantes de estas regiones, que están seguros de encontrar en ella un buen abrigo tan raro en el antártico. No pudo ser ni por Smith, que no recorrió más que la costa de las Shetland del Sur, en 1819, ni por Bransfield, quien volviendo con Smith a estas regiones algún tiempo después, no pudo rodearlas y las consideró todavía como tierras que formaban parte de un continente. No estoy lejos de creer que eran conocidas por los españoles”⁷⁰.

La primera noticia de la isla Decepción la conocemos por las informaciones del viaje de la escuadrilla del comodoro Benjamín Pendleton, uno de cuyos barcos, el pequeño sloop *Hero* mandando por el joven capitán Nathaniel Brown Palmer, de 21 años de edad, famoso por su larga y buena vista entre los loberos de Ston-

⁷⁰ Jean Charcot. “*El ¿Pourquoi-pas?*” en *el Atlántico, 1908-1910* (Madrid: Edición Calpe, 1921).

ington, en el Connecticut, hizo el primer levantamiento de estas islas. Stonington Seguramente a su decepción personal se le debe este nombre, pues la más antigua constancia de él está en el libro bitácora de *Hero*.

El ruso Bellingshausen la llamó isla Teil, en su carta publicada en 1831, nombre que no respetaron ni los mismos rusos, pues en el mapa de Krusenstern, comodoro de la Marina Imperial Rusa, en su segunda edición de 1835, da el nombre de isla Decepción⁷¹.

Y es en esta isla donde se produjo el histórico encuentro entre los americanos y rusos, encuentro que es una de las anécdotas más pintorescas de la historia antártica, cuando Palmer se entrevistó con Bellingshausen.

Conocemos el hecho a través de Edmund Fanning, en conformidad con las informaciones de Ricardo Fanning Loper, ambos armadores de la flota de Pendleton, a la cual pertenecía Palmer⁷².

Regresaba Palmer de un viaje por los alrededores de la isla Trinidad en el extremo norte de la península que lleva su nombre, cuando, en una mañana brumosa, como son todas las del antártico, el 5 de febrero de 1821, se encontró de improviso con dos buques, una fragata y una corbeta. De inmediato Palmer izó en su cangreja la bandera de los Estados Unidos en ese entonces era menos estrellada que ahora. Los navíos desconocidos se dieron a conocer elevando el pabellón imperial ruso. Desde la fragata se desprendió un bote con un señor teniente que fue a invitar a Palmer a venir a bordo. Después de la conversación de rigor, en que cada uno expresó sus antecedentes, Bellingshausen, al conocer los descubrimientos efectuados por Palmer, le expreso: "I name the land you have discovered in honor of yourself, noble boy, Palmer land".

Es desde entonces, que la tierra que muchos mapas llaman Tierra de Graham,

⁷¹ Ivan Fedorovich Kruzenshtern. *Atlas de l'Océan Pacifique* (San Petersburgo, 1838).

⁷² Edmund Fanning. *Voyages Round the World: With Selected Sketches of Voyages to the South Seas, North and South Pacific Oceans, China, Etc. Performed Under the Command and Agency of the Author. Also, Information Relating to Important Late Discoveries; Between the Years 1792 and 1832* (New York: Collins & Hamay, 1833).

denominación inglesa dada muchos años después, se nombrara Tierra de Palmer y ahora, con mejor conocimiento, península de Palmer.

El joven capitán americano condujo a los barcos rusos, a través de las aguas de la actual bahía Foster y les encontró un seguro fondeadero en una de las caletas de la isla Decepción.

Esta conversación se conserva en la bitácora del *Hero*⁷³, en varias declaraciones de Palmer y en la obra de Bellingshausen⁷⁴, donde dice: “antes de sorprendernos la bruma, habíamos visto esta isla y creíamos haber hecho un descubrimiento, cuando de repente, al levantarse la niebla, veo un buque americano tan gallardo como si acabase de salir de los Estados Unidos y todavía dispuesto a conducir mis buques a lugar seguro. A vosotros americanos debemos dar la palma”.

No hay duda que en esta entrevista influyó en forma determinante la simpatía que emanaba del joven capitán Nathaniel B. Palmer, y que aún podemos juzgar por su retrato, que en un magnífico óleo se conserva en la biblioteca de la American Geographical Society⁷⁵.

Era un marino de talante y talento este hombre, de una dinastía de loberos de Stonington, en el lejano Connecticut.

La isla Decepción ha tenido su época.

Fue punto de recalada primero, seguro ancladero después, de loberos y luego balleneros.

En sus playas se extinguieron muchas especies de focas valiosas por su piel y esa apreciada ballena, la “raituel”⁷⁶, que los balleneros llaman “right whale” (Balaena

⁷³ El libro bitácora del *Hero* se conserva en la Biblioteca del Congreso de Washington, de donde hemos hecho tomar un extracto.

⁷⁴ Thaddeus Fabian Bellingshausen. *The twofold expedition in the Southern Ocean and the voyage round the world, in 1819, 1820 and 1821* (San Petersburgo: 1831).

⁷⁵ El original del cuadro es de propiedad y se encuentra en el hogar de Mrs. Letchford, sobrina nieta del capitán Palmer, en Morristown, New Jersey y debemos una fotografía a la gentileza y buena voluntad de nuestro colega William H. Hobbs, profesor de Geología en la Universidad de Michigan.

⁷⁶ El vocablo “raituel” es un chilenuismo derivado de la interpretación fonética de la palabra inglesa

australis) y que ahora apenas se conoce en las aguas antárticas.

Hubo época en que trabajaron en ella tres compañías distintas, dos noruegas y una chilena.

Esta compañía chilena era la Sociedad Ballenera de Magallanes que tuvo su base en Decepción y ello constituye uno de los títulos chilenos de dominio. Esta Sociedad fue debida al espíritu de empresa realmente denodado de un hombre que soñó en esa enorme riqueza para Chile, el capitán Adolfo Andresen, noruego de nacimiento, pero chileno por residencia y ciudadanía.

La Sociedad Ballenera de Magallanes se constituyó en el año 1906 con capitales del entonces territorio, siendo sus principales accionistas los Braun, Menéndez, van Heborg, de Bruyne.

Alcanzó a tener una poderosa flota que paseó la bandera por las aguas de la actual Antártica Chilena en cada temporada de caza. Esta flota estaba constituida por el buque *Gobernador Bories* de 3.000 toneladas; el *Almirante Valenzuela*, ballenero de 100 toneladas; el *Almirante Uribe*, otro ballenero de 80 toneladas; el *Almirante Montt* ballenero de 56 toneladas y el pontón *Cornelia Jacoba* de 1.200 toneladas y que servía de buque base en la isla Decepción.

Esta compañía que obtuvo buenos dividendos subsistió hasta el año 1915 en que, con motivo de la guerra europea, los barcos obtuvieron precios tales que determinaron a la compañía venderlos a Europa, y disolverse, pagando grandes dividendos. Según nos informaron en Punta Arenas, fue un buen negocio para los accionistas.

Este esfuerzo de los hombres de Magallanes significa un precedente. Transcribiremos el claro juicio que este hecho significa para nuestro jurista antártico Óscar Pinochet de la Barra cuando expresa en su tesis sobre los derechos antárticos de Chile: “nadie podrá poner en duda la excepcional importancia que el trabajo de la Sociedad Ballenera de Magallanes, tiene para los derechos antárticos de Chile. Recordemos solamente que esta sociedad ballenera, netamente chilena, llevó a

“right whale”, y se usa para identificar la expresada especie de ballena.

cabo continuas cacerías del cetáceo nombrado, desde 1906 a 1913; en los peligrosos mares antárticos que quedan dentro de nuestro sector polar, hizo de la isla Decepción su base general, ocupándola efectivamente verano a verano, previa autorización del Gobernador de Magallanes”.

“No es del caso volver a insistir en el valor jurídico que tiene esta ocupación; sólo hagamos notar que ella representó una reafirmación de la soberanía de Chile en la Antártica, llevada a cabo mediante el extraordinario espíritu de empresa y la capacidad realizadora de los esforzados hijos de Magallanes.

Andresen no volvió a ver el resurgimiento de sus ideales que contingencias insalvables apañaron, pero su espíritu todavía flota en las tierras magallánicas que deben aprestarse, ahora más que nunca, a ocupar con sus capitales y su esfuerzo el campo abandonado.

Hay que volver a ganar el escalón perdido.

En la playa de la caleta Balleneros están las ruinas de la factoría de la Compañía N. Bugge Hetkor Whaling, firma noruega que es una de las empresas balleneras más grandes del mundo, y que está extendida por todos los mares del mundo donde la caza del cetáceo le es propicia.

Durante la última guerra ante la amenaza de una posible ocupación por parte de alguna escuadra de las naciones del Eje, un acorazado inglés dinamitó y bombardeó todas las instalaciones y edificios de este enorme establecimiento.

Ahora sólo queda la sombra de sus murallas y sus enormes estanques agujereados, como un recuerdo de lo que aquello fue.

Parece todo esto una viñeta viviente de lo que es actualmente más de algún lugar de la ensangrentada Europa.

Y sin embargo, estamos en estas desoladas regiones, tan apartadas del mundo, en que solo el crujir del viento o el estruendo de los packs al romperse, turban la tranquilidad de los pingüinos con aire de “tontos graves” o la pereza de las focas.

Hasta aquí, tan lejos llegaron las necesidades de la guerra con su barbarie y su crueldad.



DECIMOQUINTA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Martes, 20 Mayo 1947, p. 3

La isla Decepción presenta también un interés zoológico. Es el paraíso de los petreles y de las golondrinas de mar.

¿Por qué la prefieren?

Las muchas cuevas y grutas que tienen las caprichosas rocas volcánicas de la isla prestan también un seguro refugio y a esto se agrega el suelo caliente, a lo menos tibio, no deja de ser acogedor.

Aquí anida el damero o petrel del Cabo (*Daption capensis capensis*), de plumaje blanco y negro, con ambos colores combinados en tal forma, que de lejos parece tenerlos dispuestos como en un tablero de juego de damas. También se le llama paloma del Cabo por su costumbre de volar en grandes bandadas, alrededor de los barcos como lo hacen las palomas.

Abundan en todas las islas Shetland y en el estrecho Gerlache. Nosotros los vimos alrededor del *Angamos* hasta el Estrecho Bismarck. Nadan y vuelan sobre la estela del barco, tal vez porque el agua removida acumula animalillos que constituyen su presa. En Puerto Angamos, junto a Lockroy los vimos volar de noche, una noche en que los tímpanos tenían procesión. Y sentimos su grito, áspero y ronco, muy semejante al de las gaviotas, como protesta, posiblemente, por aquella manifestación de los hielos.

Tenemos la impresión, algún otro naturalista podrá comprobarla, de que la isla

Decepción es su central de reproducción y de distribución. Hacen un nido muy rudimentario. Hasta un simple amontonamiento de piedras y cascajos que forman un hueco insignificante, donde pasan los largos cuarenta y ocho días que dura la incubación.

El petrel gris plateado (*Priocella antarctica*) que los gringos con una rapidez que parece escopetazo llaman “silver-gray fulmar”, acompaña siempre a los petreles del Cabo, con quienes lucha disputándose la presa.

Hemos visto a este petrel zambullirse en el agua para recoger una presa que se le había soltado en el vuelo.

Disecamos uno. Y en la disección hicimos una observación que, seguramente, no es nueva, pero que para nosotros era nueva y lo es seguramente para muchos de nuestros lectores. Los músculos del pecho tenían un color rojo oscuro. Los músculos eran de color rojizo por la gran cantidad de glóbulos rojos que tenían, o sea el combustible que consumían para mayor eficiencia del motor, o sea del propio músculo. Los pollos y los pavos tienen carne blanca en el pecho porque no vuelan.

Vimos una de las suaves lomas de la isla cubierta materialmente por una bandada de gaviotines de lomo blanco (*Sterna hirundinacea*).

Eran indudablemente nacidos en la isla que se aprontaban para emprender el vuelo.

Los gaviotines, según las observaciones de Bennett, llegan a la isla Decepción en el mes de noviembre, donde anidan formando colonias. Anidan en un hoyo poco profundo donde la hembra pone dos huevos con gran intervalo de días a fin de efectuar una especie de incubación fraccionada, por motivos de defensa. Los skúas son sus grandes enemigos. Es ésta el ave depredadora por excelencia.

Aquí se plantea un problema trascendental para la conservación de la especie. Cuanto mayor sean las colonias hay mayor probabilidad de supervivencia de las crías, pues los medios de defensa son más respetables. Esto no solamente acontece aquí en la Antártica sino en todo el mundo⁷⁷.

⁷⁷ Frank Fraser Darling. *Bird flock and the breeding cycle* (London: Cambridge University Press, 1938).

Los miembros de una colonia se estimulan mutuamente para comenzar el ayuntamiento. El período entre la incubación y el crecimiento del primer plumaje adulto es la época crucial en la vida de los gaviotines. Mientras están en la etapa de polluelos son objeto de la rapiña de los pájaros depredadores. También en esa época los polluelos de gaviota, que se alejan de sus nidos, suelen ser picados mortalmente por los otros miembros de la colonia, una especie de policía rigurosa.

Es todo esto un problema de sociabilidad, los gaviotines se agrupan, cuanto más mejor, para llegar a la cría simultánea. Aunque todo esto es materia de mayores observaciones, ampliaciones y confirmaciones, que no siempre hay oportunidad de hacer, sugieren la existencia de un mecanismo social, el del estímulo mutuo para el ayuntamiento, el cual puede haber operado para producir las nidadas en conjunto de los pájaros, y que parecería capaz de dar un valor de supervivencia adicional a las colonias mayores una vez que el hábito de reunirse en bandadas de cría se haya establecido.

Todo esto nos hace pensar que las observaciones y deducciones de Darling, un biólogo inglés que se ha preocupado de fenómenos semejantes en Inglaterra, tienen mucho de verdad y que estas colonias de pájaros han evolucionado suficientemente para que exista una cantidad mínima, bajo la cual no habrá cría.

Los pichones de gaviotines nacidos en enero comienzan a volar en marzo y en los primeros días de abril levantan el vuelo hacia el norte. En 8 meses más volverán a Decepción a procrear y conservar la especie.

El petrel de las tormentas (*Oceanites oceanicus exasperatus*) también anida en la isla Decepción, en los meses de enero y febrero y parece que emigra al norte más temprano. Nosotros sólo vimos ejemplares aislados, como es su costumbre, fuera de la época de reproducción.

En caleta Balleneros estaba fondeada toda la FEA, cuando nosotros arribamos a Decepción por segunda vez, o FEA es la sigla de la Flota Expedicionaria Antártica que pertenece a la ARA, sigla a su vez de la Armada de la República Argentina.

Estaban dos transportes, el *Patagonia* y el *Chaco*; el petrolero *Ministro Ezcurra* y los dos patrulleros, el *King* y el *Murature*, dos magníficos barcos de rápido andar construidos en los astilleros de la vecina república.

Este encuentro dio motivo a simpáticas reuniones de confraternidad entre los marinos chilenos y argentinos. Y esa camaradería que ya se había formado en el *Angamos* con el capitán Rousseau y los tenientes Fraguío y Aliaga, los tres argentinos agregados a la flota chilena, se intensificó.

A bordo del transporte *Chaco* viajaba la comisión meteorológica que acababa de ser relevada en el observatorio meteorológico de las islas Orcadas, donde había estado un año.

Tuvimos oportunidad de conversar con sus jefes, dos hombres no sólo bien preparados y experimentados en achaques meteorológicos (¿por qué no han de llamarse achaques a los fenómenos del tiempo?) sino que entusiastas. Una prueba de ese entusiasmo es la de relegarse durante un año largo en una isla cerrada por los hielos. Ellos eran el Dr. Alfonso Chaquí, geofísico y el Dr. Jorge Zawels, meteorólogo.

Conversamos extensamente con el Dr. Zawels, a quien nos unía la amistad común con un malogrado amigo, el recordado Dr. Walter Knoche, que durante tantos años había trabajado en los problemas de la meteorología chilena. La experiencia de este hombre que había pasado doce largos meses en la subantártica no deja de ser interesante.

La República Argentina mantiene desde hace cuarenta y cuatro años un observatorio meteorológico y geofísico en las islas Orcadas, más precisamente, en la isla Laurie, observatorio que en su origen fue donado por el capitán William S. Bruce, jefe de la expedición antártica escocesa, a fines del año 1903.

Año a año un equipo científico se releva en ese observatorio para desarrollar una tarea científica aislada y penosa, totalmente alejados de la familia. El Dr. Chaquí es un veterano en estas campañas meteorológicas y ésta era la quinta vez que estaba en el observatorio.

Gran Bretaña, país europeo, considera a la isla Decepción, así como todas las demás tierras del cuadrante antártico sudamericano, como posesiones de la Corona: "British Crown Land", y mantiene en ella un funcionario con el título de Magistrate, quien luce encima de su casucha de madera un rótulo que dice "Magistrate House".

Este funcionario depende del gobernador de las islas Malvinas que los ingleses llaman Falkland, y hace un recuerdo de derechos por cada ballena cazada y por cada barril de aceite obtenido.

Nos dijeron que, cuando se cobraban derechos, porque ahora como no se faenan ballenas en esa zona, íntegramente dicho, el dinero era destinado a formar los fondos de la Discovery Mission, organismo científico destinado a las investigaciones de las regiones antárticas y subpolares y en forma especial a todo aquello relacionado con las ballenas.

La isla Decepción tiene un cementerio. Lo visitamos.

Es un campo desolado como todo el paisaje, triste y yermo. Una modesta verja de hierro lo rodea.

Sólo tiene treinta y seis tumbas, las de los que cayeron lejos, muy lejos de la tierra natal. Son todos noruegos. Lo hay de todas las edades, el más viejo murió de sesenta años, el más joven de dieciséis. Un veterano capitán y un grumete ballenero.

Todos descendientes de los antiguos vikings. Lo dicen los apellidos Sjovold, Thorvalsen, Andressen, Carlessen, Evendsen, Andersen, Gurlidsen, Samueldsen, Mathiasen; lo dicen también los nombres, Siggur, Einar, Leit, Soren.

Proviene casi todos de Tjoermoelen (pronunciase "chumblin"), sea nativos de la isla Tjome, la tierra de los balleneros.

Estos gigantes rubios que agitaron corazones bondadosos, duermen en esta tierra tibia, que es una verdadera antinomia para el hielo que la rodea.

Viejas coronas de flores artificiales, ofrendas cariñosas de tierras lejanas, dejan la emocionada impresión de un cálido umbral que no volvieron a transponer y de corazones que abrigan el recuerdo.



DECIMOSEXTA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Viernes, 23 Mayo 1947, p. 3

Continuamos el derrotero del viaje.

Una mañana zarpamos de la isla Decepción pasamos junto a los bramidos Neptuno, “neptune bellows”, lo llaman los ingleses, a unas rompientes subterráneas que hay a la salida del canal de entrada y luego estábamos nuevamente en el mar de Bransfield, con rumbo al suroeste.

Así, por la banda de estribor, en un día con una claridad de día de fiesta, se fueron quedando los grandes roqueríos de Austin, enorme colonia de cormoranes, de los cormoranes con ojos azules que vimos volar con frecuencia. Cualquiera diría entonces que estos pájaros destacaban intermitentemente una partida para que desde el aire observaran los movimientos del *Angamos*, que se deslizaba rompiendo las aguas con su proa.

Algunos, tal vez cansados, amerizaban con elegancia mientras venían en la altura, pues trayendo las alas extendidas en el plano de mayor sustentación a la menor velocidad, las plegaban rápidamente al bajar el ave la parte posterior del cuerpo de suerte que al llegar al nivel del agua esta elegancia se pierde y entonces golpean el agua con el pecho. En una disección nos dimos cuenta de que tienen realmente una especie de neumático amortiguador consistente en espacios llenos de aire debajo de la piel del pecho, que indudablemente disminuyen el golpe.

Por la banda de babor, y a la distancia, se divisaba la alta cumbre de la isla Trini-

dad, que en la primera etapa de los descubrimientos antárticos se creyó, como otras, que fuera una tierra continental. Su elevada cumbre totalmente cubierta de hielo tiene una elevación de más de mil metros y esa mañana, clara como pocas se recortaba su figura blanca sobre el azul grisáceo del cielo.

La isla Hoseason quedó luego por la aleta de estribor con sus cumbres de altos y bajos y luego la isla Cristiana (sic), de lomos redondeados, combos, y el *Angamos* comenzó a surcar las aguas del estrecho Gerlache.

Este estrecho lleva el nombre de capitán Adrien de Gerlache, jefe de la expedición del *Bélgica*, en 1897-1898, expedición en la que sirviera como ingeniero, un antiguo vecino de Concepción el ingeniero Max van Rysselberghe.

Esta expedición belga vino a la Antártica en cumplimiento de un acuerdo del Sexto Congreso Internacional de Geografía, celebrado en 1895, en el cual se estipuló que “las exploraciones de las regiones antárticas constituían el punto de interés geográfico más importante que queda por emprender”.

El estrecho Gerlache llamado así en homenaje al valiente explorador belga que fue el primero en invernar en la Antártica y en consecuencia, en pasar aquí la noche polar, fue descubierto indudablemente por el ballenero americano Smiley, en 1842, pues éste así lo da a entender en una carta dirigida al explorador Wilkes, al decir: “muchas personas suponen que la Tierra de Palmer es un continente y la consideran como continuación de la tierra levantada por Wilkes; sin embargo, no es esto, porque yo he navegado alrededor de la Tierra de Palmer”.

En consecuencia Smiley había navegado por el estrecho Gerlache.

Por su lado sur, el estrecho fue conocido en 1873, por el capitán lobero Dallman, capitán del *Gronland*, el primer buque a vapor que surcó los mares antárticos.

Este vapor *Gronland* y su capitán Dallman, a quien dicho sea de paso, se le deben muchos descubrimientos geográficos en estas regiones, pertenecía a la Sociedad de Navegación Polar de Hamburgo (Polar Schifffahrts Gesellschaft) que dirigía el animoso doctor Neumayer.

La hazaña de Gerlache fue la de penetrar resueltamente en sus aguas, internándose por la boca norte, que entonces se conocía con el nombre de bahía Hughes,

estudiando y cartografiando todo su complejo hidrográfico, aun cuando el hielo lo dejó encerrado en sus aguas. Así fue ésta la primera expedición que conoció la noche polar en el antártico.

El paisaje es extraño.

Más extraño que el que hasta ahora habíamos visto.

Todo es blanco. Hielo. Nieve.

Un verdadero paisaje de pastelería y perdóneseme la comparación.

Las islas tienen formas caprichosas cubiertas de espeso hielo y nieve. Parecen enormes tortas hechas por un poseso pastelero que las cubrió de un espeso y magnífico flan blanco.

Navegamos a la cuadra de estribor de la isla Lieja. Es alta, de cumbres puntiagudas. Nos recibe con el cabo Moreux, que nos recuerda al célebre abate astrónomo, en cuyo homenaje colocaron este nombre. Esto nos hace pensar que en ninguna parte de la tierra pudo rendirse mejor este homenaje que en este lugar que bien semeja un paisaje lunar.

Una bandada de petreles de Wilson (*Oceanites oceanicus*) que luego se posan sobre las aguas nos dan escolta por un rato.

A la isla Lieja, sigue otra, también con nombre flamenco, la isla Brabante. El canal que las separa es estrecho sembrado de pequeñas islas e islotes.

En esta isla Brabante, notablemente alta se destacan dos cumbres que corresponden a la cadena de montañas que han bautizado con el nombre del insigne químico Solvay, son los montes Bulcke, de casi mil metros de altura y el nombre Victoria, más o menos equiparado en elevación.

Pero por la banda a babor vamos dejando otras islas, una de ellas es la Two Hummock, las dos jorobas, que son dos "nunatacks" dos cumbres rocosas negras redondeadas, desprovistas de nieve, que parecen extrañas en ese ambiente blanco.

Durante algunas horas el paisaje se hace monótono. Agua azul fuerte. Cumbres blancas que sólo a veces y por excepción muestran la pequeña mancha negra de una roca, y luego el cielo azul, grisáceo.

Un grupo de gaviotas viene a dar un poco de animación. Pertenecen a la bullanguera especie de nuestro litoral, la gaviota dominicana (*Larus dominicanus*) así llamada por el colorido de su plumaje tan semejante al hábito de la Orden de los Predicadores. Pronto nos abandonan. Han encontrado en un arrecife algo que parece ser una presa grande y allí la rodean disputándola a chillidos y a picotazos.

Al mediar la tarde divisamos un canal que va desde el estrecho de Gerlache al océano. Es el canal Schollaert, que descubrió Gerlache y que exploró Charcot, durante la expedición del *Français* en 1903-1905. Se trata de un canal estrecho y profundo que limita la isla Brabante con la Anvers.

Esta última es grande, imponente. Nos recibe con sus altas cumbres, que en esa parte del noroeste se llaman las montañas austriacas y en las que domina el pico Gris (Green pike).

Pasamos junto al glaciar del León, que, con el arrastre de rocas ha formado una isleta, llamada también del León. En ella vemos moverse una bandada de petreles.

Esa tarde, en que el frío es intenso, dos grados bajo cero y el viento cortante, enfrentamos la isla Wiencke, que va quedando a la cuadra de babor.

La caña se cierra y enfrentamos al canal Neumayer, llamado también de Roosen.

Hay majestad en el paisaje y hay recogimiento en nosotros mismos. Lo contemplamos cohibidos. El escenario tiene una grandeza que cohibe, difícilmente admite rival. Es algo en sobremanera indescriptible.

Las aguas se deslizan silenciosas.

Hasta las máquinas se mueven quedamente.

Hay un silencio impresionante.

“ke... ke... ké... kée...”, resuena en el espacio.

Miramos ansiosos. Nada se ve.

De pronto, desde una roca al nivel del mar vemos a un pájaro elevar el vuelo.

Era fácil de confundir. Es un ave albísima que despega raudamente. Un petrel de las nieves (*Pagodroma nivea novageorgica*), el pájaro que, sin duda alguna, es el

más bello de toda la fauna antártica.

Tal es la gracia de sus formas y la alba blancura de su plumaje immaculado.

La navegación continúa lentamente.

Hay ojo avizor en el puente y el oído atento en la máquina.

Pasamos junto al glaciar Largo, que nace en el pico Alto (High pike).

A babor teníamos a la isla Wiencke. Por estribor contemplamos el pico Cobre (Copper pike). Al día siguiente conseguimos muestras de ese lugar que comprueban la razón del nombre que le dieron los primeros exploradores. Contienen cobre, un carbonato básico de cobre, malaquita y azurita, uno es verde, otro es azul.

Sigue el glaciar Williams, ancho y amplio. Un verdadero torrente de hielo, que muestra unas peligrosas grietas marginales. Sin embargo, aquí volvemos a ver el mismo fenómeno ya observado en el glaciar del León, algunas millas antes. Hay un sensible retroceso de los hielos.

Y a esto se le agrega el desequilibrio que se observa entre la nieve que cae, la que se transforma en hielo y la que se elimina por causas meteorológicas y por la erosión de los mares.

Está a la vista, señalado, que el campo de hielo era entonces más intenso.

Por babor, en la isla Wiencke, hay otro glaciar que le hace digno "pendant" al glaciar Williams, es el llamado glaciar del Camal y se desprende de las alturas de una cadena montañosa que Charcot llamó Sierra du Fief (Sierra Feudal) cuya cumbre principal es el Luigi di Savoia, con casi 1.500 metros de elevación, el Ridge (Caballete), el Noble y el Nemo, le sirven de escolta en esa procesión de cumbres.



DECIMOSÉPTIMA PARTE

El Diario Austral (Temuco). Sábado, 24 Mayo 1947, p. 3

Tornamos la pequeña isla Casablanca (sic) y entramos en puerto Lockroy, el puerto que descubriera Charcot en su primera expedición, la del *Français*.

Nos resulta pequeño para el calado del *Angamos* y por otra parte ya está ocupado por un ballenero de la Armada argentina, el *Don Samuel*, que comanda el teniente Jorge Pisani, simpático marino que mucho nos ayudó en el muestreo de minerales en esas regiones desoladas.

Buscamos otro fondeadero y el transporte se dirige a otra bahía cercana, la bahía Dorian, echando ancla en el puerto que desde ese momento se llama para nuestros hidrógrafos, Puerto Angamos.

Esa noche fue clarísima.

Fue la primera noche, bajo el cielo antártico, en que vimos brillar sobre nuestras cabezas las estrellas.

El paisaje, con las aguas tranquilas y quietas cubiertas de floes, y se llama floes a los pequeños trozos de hielo suelto que flotan sobre las aguas, reflejando en la claridad nocturna con los cerros cubiertos de nieve, es realmente fantástico. Hasta se podría dudar de que fuera un paisaje terrenal.

Ocupa una región de la Vía Láctea. La estrella superior es rojiza y las otras tres son blancas azuladas. Cerca está Circinus, Musca, Carina y arriba está Centaurus.

Al lado mismo de la Cruz está el “saco de carbón”, de los marinos. Es una mancha

o zona irregular, oscura, en mejores términos, una nebulosa oscura. Hasta no hace mucho los astrónomos suponían que estas nebulosas eran, sencillamente, huecos en el cielo y que en estos sitios podíamos ver, a través de las aberturas de los campos estelares, aún más allá, dentro de los espacios vacíos. Actualmente los astrónomos sostienen que estas regiones oscuras son, sencillamente, nubes de polvo en el espacio, que nos impiden ver las estrellas que están detrás. En algunos casos podemos ver a estrellas que están, sin duda, delante de las nubes de polvo; esto es, entre las nubes y nosotros. Tales son las investigaciones del Observatorio de Monte Wilson al respecto y que Augustus Chant, del Observatorio de Toronto ha difundido.

“Io mi volsi a man destra e posi mente
all’altro polo, e vidi quattr stelle
non viste mai fuor ch’ alla prima gente...”

Así, en la *Divina Comedia*, el Dante, en el Canto I del Purgatorio, describía a la Cruz del Sur.

¿Cómo?

La América, entonces no había sido descubierta. Nadie de la latina gente, había transmontado el cabo de Buena Esperanza.

¿Cómo hablaba entonces de una constelación que no se veía en Europa?

Sencillamente, y esto ha de parecer extraño. El cielo de antes no era igual al de ahora. El panorama celeste también estuvo y está en continua mutación. Hay una geografía pretérita y la llamamos paleogeografía, así también hay una paleoastronomía, una astronomía del pasado.

En la Biblia, en el libro de Job, ya se hace referencia a los “penetrales del austro”, que el astrónomo Schiaparelli interpreta con razonado criterio como la Cruz del Sur⁷⁸.

Y Aristóteles, en su libro *El Cielo*, la describe. Por esto es que la conoció Dante Alighieri.

⁷⁸ Giovanni Schiaparelli. *La astronomía en el Antiguo Testamento* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1945).

Aristóteles tuvo este conocimiento de parte de la tradición de los antiguos habitantes de Europa. Y, como dice Enrique de Gandía, que ha estudiado este curioso problema de astronomía histórica, la fuente había sido de los astrónomos árabes, que fueron, en su tiempo, los maestros de esta ciencia, “que esas cuatro estrellas sólo vistas por la antigua gente, se acercaban, cada vez más, al otro Polo: el Sud”.

Esta constelación, que los hebreos llaman “kradré the man” culminaba en Palestina en una altura menor de 20° sobre el horizonte austral en el año 750 antes de Jesucristo.

Fue Américo Vespucio, el navegante, que, en 1502, cuando descubrió la Georgia del Sur, vio la Cruz del Sur y la describió y dibujó. “Ya habíamos perdido completamente, dice, la Osa Menor, y la Mayor estaba muy baja, casi en la línea del horizonte, nos dirigimos por las estrellas del otro Polo, el del Sur, que son mucho más grandes y más brillantes que las de nuestro Polo”.

Mas la primera descripción clara, precisa, está contenida en un códice miniado de la Biblioteca Nacional de Florencia, escrito por Andrea Corsali, un viajero italiano, que la vio en 1515. “Sobre éstas aparece una cruz maravillosa, en medio de cinco estrellas más, que con aquella se hallan próximas al Polo, girando a su alrededor, a una distancia de cerca de 30 grados, y efectúa su curso en 24 horas, y es de una belleza tal, que según mi parecer, no se puede comparar con ningún otro signo celeste, en la forma que aparece aquí abajo”. “E di tanta bellezza, che non mi pare ad alcuno segno celeste doverla comparare...”, dice en su lengua original tan bellamente afirmativa.

Y es cierto.

No tiene comparación.

Con razón Humboldt, en su *Cosmos*, la llama “la gloria del cielo austral”.

La contemplamos largo rato, embelesadamente.

No habíamos visto jamás, ni en otros cielos, estrellas más bellas, tan brillantemente bellas.

Era la Cruz del Sur.

Y brillaba sobre nuestras cabezas.

Segunda Parte

Entrevistas

LA GEOLOGÍA DEMUESTRA QUE LA ANTÁRTICA ES, INDISCUTIBLEMENTE, UN TROZO DE CHILE

LA PRENSA AUSTRAL (PUNTA ARENAS). JUEVES, 27 MARZO 1947, p. 5.

Don Carlos Oliver Schneider, profesor de Geología y Mineralogía de la Universidad de Concepción, desde hace 27 años; es decir desde la fundación de la Universidad misma.

Uno de los prestigios de la delegación científica que acaba de llegar de la Antártica Chilena.

Su misión

Le entrevistamos en la tarde de ayer; el cordial recibimiento que nos hizo corre pareja con la satisfacción que siente de haber formado parte del núcleo de chilenos que han hecho el primer viaje de soberanía a la Antártica Chilena.

Nos explica, en síntesis, cuál ha sido su misión: Estudiar la naturaleza en sus diversos aspectos, y, especialmente la geología antártica en relación con la geología chilena, para probar las relaciones que existen entre las formaciones geológicas del sector antártico chileno (Islas Shetland y la Península de Palmer), con las cordilleras de Chile americano.

Resultados positivos

Y... ¿los resultados? En este viaje se pudo comprobar que la estructura del llamado Antartandes, o sea la cordillera de esa zona, es simplemente una continuación indiscutible con las formaciones orográficas de Chile, o sea la cordillera de los Andes y de la Costa.

¿Quiere decir que se trataría de un problema resuelto? Lo único que se podría discutir en este problema es el proceso de conexión o de desconexión de ambas cordilleras que tienen una misma estructura, una misma morfología y una misma edad geológica.

Minerales

¿Han encontrado minerales de varios tipos? En el muestreo se encontraron diferentes especies de minerales; principalmente cobre en forma de calcopirita, malaquita y azulita. También hay molibdenita... Oro... plata.... Llevamos gran cantidad de muestras que una vez tratadas en el laboratorio revelarán la existencia de otros minerales entre los cuales posiblemente hallemos oro y plata.

¿Algún mineral radioactivo...? Para buscarlos se necesita de un trabajo más intenso y de instrumentos especiales.

Fauna

¿Cuál es más o menos la amplitud de la fauna antártica? Solo hemos encontrado ballenas, en gran cantidad; focas correspondientes a cuatro especies distintas, pingüinos y petreles. Además algunos peces raros.

Flora

Respecto a la flora, el señor Oliver Schneider nos manifiesta que la vegetación es escasa y está reducida a líquenes y musgos.

PODEROSA INDUSTRIA BALLENERA SERÍA UTILIDAD INMEDIATA QUE PODRÍA REPORTAR EL TERRITORIO DE NUESTRA ANTÁRTICA

El Sur (Concepción). Lunes, 14 Abril 1947, p. 1.

Ayer al mediodía llegó a nuestra ciudad el profesor penquista Dr. Carlos Oliver Schneider, quien participó en la misión que envió recientemente el Gobierno de Chile a la Antártica Chilena en el transporte *Angamos* y la fragata *Iquique*.

En la estación de los ferrocarriles fue esperado por colegas de la Universidad de Concepción, amigos personales y familiares.

Lo entrevistamos ayer

En la tarde lo entrevistamos sobre sus impresiones recogidas durante 76 días más allá del cabo de Hornos. Con el rostro y la voz cansados por un viaje que fue de sacrificios, y de trabajo para el mejor conocimiento de estas tierras. El Sr. Oliver Schneider, el sabio nacido en Uruguay y enclavado en Concepción, nos relató cosas interesantes de esas tierras que él cataloga “de las paradojas”.

El profesor Carlos Oliver vivió una etapa trascendental para nuestro país, junto con 260 hombres de Chile que fueron a cimentar su soberanía sobre la tibieza de la isla Decepción y la frialdad del resto de la Antártica Chilena.

Nos dijo ayer que, como naturalista de la expedición, fue encargado de estudiar por una parte, las condiciones de la fauna y la flora, y por otra, la estructura geológica de la región que comprende la Antártica Chilena.

De acuerdo con ello, se hizo un inventario de todos los organismos vivientes que se pudieron observar en cada uno de los puntos en que la expedición se detuvo.

Así, nos dijo nuestro entrevistado, consultando su diario de viaje, se encontraron en tierra 9 especies de pingüinos, 35 especies de petreles y 4 especies de gaviotas, 1 especie de cormorán, y en el agua 6 especies de focas diferentes, 18 especies de cetáceos con posibilidades de explotación y varios peces.

Continuación de nuestra cordillera

Nuestro interlocutor nos declaró que “toda la formación cordillerana de la Antártica, es la continuación de la cordillera de los Andes, tanto por su estructura y composición, como por los fenómenos que registra. En ella existen formaciones de carbón que corresponden perfectamente a la edad geológica del carbón del golfo de Arauco y, en consecuencia, de sus mismas características. También se ha encontrado en este territorio chileno cobre de buena calidad, molibdeno y manganeso. Para realizar exámenes más detenidos, los que la premura con que se hace un viaje de esta naturaleza al continente antártico no permitió, traer gran cantidad de material; todo se observará cuidadosamente, practicándose estudios que complementen las observaciones ya realizadas en el terreno mismo.

Se pudo apreciar que los hielos en la Antártica se están replegando o retirando, índice de una desglaciación.

Al preguntar al profesor don Carlos Oliver Schneider las posibilidades prácticas actuales de la Antártica Chilena, nos dice que en ella se pueden establecer bases industriales balleneras, y que representa también una posición altamente estratégica, porque ha de ser el tránsito obligado en una guerra futura. Sin querer hacer vaticinios pesimistas, el profesor Oliver Schneider nos dijo que con seguridad si hubiere una guerra ella sería en el Pacífico, por el dominio del mar de Bransfield, por sus posibilidades estratégicas. De ahí principalmente la carrera hacia la Antártica de potencias mundiales.

En cuanto a la explotación de los minerales y otros elementos de la Antártica, ella, nos dijo el profesor Oliver, será posible tal vez de aquí a muchos años.

En cuanto a flora, ella es muy escasa, y sólo pudo ubicarse líquenes y musgos.

En el Puerto Soberanía

A las 18 horas del 6 de febrero de 1947, en el Puerto Soberanía, ubicado en la

isla Greenwich, el comandante Federico Guesalaga dio lectura al acta mediante la cual se inauguró la nueva estación meteorológica de Chile, que reafirmó los derechos de nuestro país sobre la Antártica, basado en el Decreto de don Pedro Aguirre Cerda de 1940. Junto con ello se izó la bandera nacional, se cantó el himno patrio y sobre el silencio de la tierra helada, irrumpieron tres descargas. El acta de inauguración en triplicado lleva la firma de todos los miembros de la expedición, una se enterró bajo el edificio que se construyó, otra quedó colgada en una de las salas de éste, y la tercera copia será entregada personalmente por el comandante Guesalaga en Santiago a S. E. el Presidente de la República, don Gabriel González Videla.

La base de Soberanía

En cuanto a la base chilena de Soberanía, ella fue construida por el ingeniero don Emilio Macera y el arquitecto Julio Ripamonti; es de metal con mayores comodidades que todas las otras bases existentes en la Antártica. La de los ingleses y norteamericanos son de madera; la que construyen los argentinos también en territorio chileno, en punta Galow, de la isla Gama del archipiélago Melchior, es un verdadero palacio de cuya construcción está encargado un arquitecto, que dirige a albañiles argentinos.

En Soberanía la expedición permaneció cerca de 25 días.

Durante su estada se pudo apreciar la tierra de paradojas que es la Antártica. Un cielo con una claridad sorprendente, de tal manera que las cosas se divisan a gran distancia, el aire tan puro que los sonidos se alcanzan a percibir también desde muy lejos. El ambiente mismo es tal, que parece que los hombres que llegan a estas tierras caminan con la lentitud que se aprecia en el cine, las tomas con “cámara retardada” o *relentiseur*. Los pingüinos también tienen el paso lento, calmado que los hombres toman, tal vez por el peso del equipo que el frío obliga a usar.

En esta estación o base chilena quedaron seis hombres, miembros activos de la Marina chilena, lo que hace que Chile sea el único país que tiene guarnición militar en el continente antártico, ya que los argentinos tienen en el sector chileno, en Melchior, 4 civiles, y los ingleses en todas sus bases, militares de la reserva.

Insistiendo luego en las paradojas, el sabio penquista nos dijo que el pingüino,

que es apenas un ave, no puede volar y que las focas, que es un mamífero, carecen de las cuatro patas.

Los ingleses en territorio chileno

Nos dijo el profesor Oliver Schneider que los ingleses están en franca oposición con nuestro país respecto al territorio de la Antártica que, por historia, configuración geológica y prioridad de explotación, pertenece a Chile. Hay cerca de 20 ingleses distribuidos en distintas bases ubicadas en territorio chileno, como en el puerto Lockroy en la Base del Este, donde como en todas partes recibieron a los chilenos con palabras que hacían presente el dominio de esas tierras por Inglaterra. Pero en todas partes, los marinos chilenos refutaban estas afirmaciones indicando que esas tierras estaban bajo la soberanía de Chile, y como chilenos llegaban a lugares de su país.

La realidad de la Base del Este

El profesor Oliver Schneider no cree que hayan sido los ingleses de la Base del Este, entre ellos el capitán Bufler, los que denunciaron un presunto asalto a la base de los norteamericanos ubicada a pocos metros de los primeros. Fueron, el capitán Macera y el profesor Oliver Schneider los primeros que saltaron del bote al llegar a la Base del Este, siendo rodeados inmediatamente por la guarnición inglesa en ese punto, quienes en inglés les repitieron las palabras de fórmula. En castellano los chilenos contestaron que pisaban tierra de Chile. Después del cambio de estas palabras, los ingleses ofrecieron a los chilenos cigarrillos en cajas norteamericanas. Nos dijo el profesor Schneider que él al decirle en castellano al capitán Macera que no aceptaran el ofrecimiento de los ingleses por suponerlos escaso de este elemento, uno de los oficiales que había sido ayudante del gobernador de Las Malvinas, y que entendía castellano, les manifestó que no tuvieran cuidado porque de cigarrillos, fósforos y otros elementos estaban bien provistos.

Junto con los ingleses los chilenos recorrieron la base y llegaron hasta la norteamericana, que queda a pocos pasos de la primera. Todos vieron las puertas abiertas y el techo desmoronado de las construcciones de los norteamericanos, cajones abiertos y desparramados en los alrededores con latas de conservas oxidadas, etc. Mal podían los ingleses acusar a los chilenos entonces de pillaje en pertenencias de los Estados Unidos.

En la Base del Este

“Los chilenos llegamos a la Base del Este”, nos dijo el señor Oliver, “para ascender la planicie de este lugar, junto a la cual se encuentra el ventisquero Neny, río de hielo que va apartando las piedras. Fue este el punto más cercano del Polo Sur visitado que se encuentra a 800 kilómetros más al sur”.

Aquí la expedición chilena estuvo el 8 de marzo, y se pudo ver la misma claridad que el aire purísimo puede ofrecer.

En la isla Decepción

“En la isla Decepción un volcán, nos agregó el profesor Oliver, cuyo cráter central se abrió en una parte, dando entrada al mar, que forma puerto Foster. Existen en la isla otros cráteres. El ambiente este tibio, con una temperatura sobre 7 grados, muy diferente a los fríos intensos de los otros sitios visitados”. Nos mostró el profesor Oliver el borrador de un plano de la isla Decepción, en el que se marcan varios puntos donde se tomó la temperatura de la tierra. Nevando alrededor, al enterrar un termómetro se comprobaron temperaturas de 40,5º, 22 a 24 grados, 8 grados sobre cero. Allí no hay hielo.

En una de las alas de la herradura que forma la isla Decepción, en 1906 hasta 1914, hubo una base ballenera chilena, autorizada por el gobernador de Magallanes, a cargo del capitán chileno Andresen. Todavía existen en esta parte restos de la base industrial ballenera, e incluso depósitos de carbón chileno. Cerca de esta base existe otra noruega también abandonada. Es emocionante el cementerio de la isla Decepción, donde se destaca la tumba del capitán Andersen, noruego.

En la isla Decepción y en el archipiélago Melchior se encontraron con barcos de la quinta expedición argentina a la Antártica, formada por seis barcos. Los argentinos mantienen desde 1904 una en las Orcadas.

Vida en el barco

La vida a bordo fue simpática y llena de alternativas que salpicaron de buen humor el duro trabajo rutinario que había que cumplir en cada parte del itinerario por el territorio antártico. En el transporte *Angamos*. En el transporte *Angamos* se publicaron dos periódicos: *El Pingüino Ilustrado* y *La Aurora Antártica*, y en la

fragata *Iquique* el *Goliet*⁷⁹, que corresponde al nombre que tenía el barco en la Armada canadiense.

En las noches, todo el mundo permanecía pegado a la radio para escuchar las audiciones especiales que radiodifundía la Cooperativa Vitalicia, que llegaron con gran claridad. Esto mantenía a todos los chilenos vinculados estrechamente a su país, y mantenía la fe, y el cariño en la obra que se realizaba.

Después de 76 días de viaje de la *Angamos* y 92 de la fragata *Iquique*, la expedición regresó al continente, sin antes haber dejado instalado un faro, construido en la isla Robert, cerca del Puerto Soberanía y funciona desde el 22 de marzo.

⁷⁹ Nota de los editores: El nombre original de la fragata era *Joliette*.

